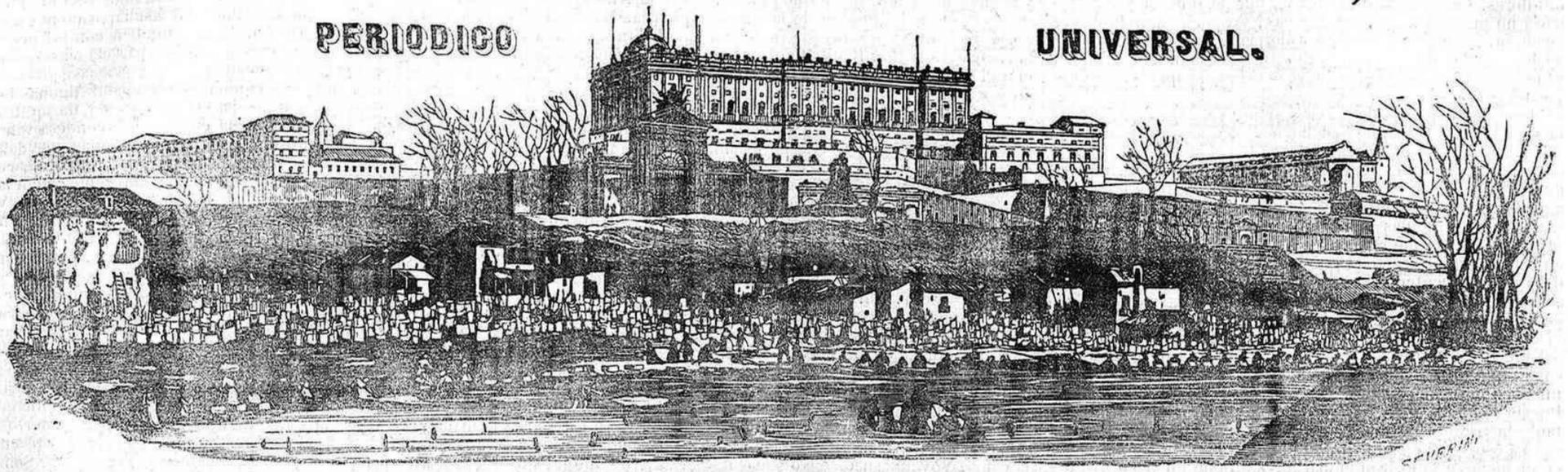


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 16.—SÁBADO 17 DE ABRIL DE 1852.
MADRID.

PROVINCIA: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION DE LONDRES.

CHINA.

Los productos de esta apartada region no fueron remitidos á Londres por los cuidados ni bajo los auspicios del gobierno del Celeste Imperio, opuesto por política á todo lo que tiende á establecer relaciones entre China y Europa. Tampoco fueron enviados por esponentes; se compraron á mercaderes: es decir, que los ingleses establecidos en Canton ó en Hong-Kong, los recogieron y acopiaron.

Faltó pues á la Exposicion china el carácter oficial que distinguía á la de los demás países. Era un pequeño museo, una coleccion de curiosidades, demasiado incompleta para dar idea algo exacta del estado de la industria y de las artes de la nacion cuyo nombre llevaba.

Lo que desde luego cautivaba la atencion de cuantos entraban en el departamento de la China, era la porcelana y la sedería. En la primera se veian grandes vasos, cuyos blancos dibujos se destacaban admirablemente de un fondo encendido. Este género de porcelana es mas apreciado, pero menos rico que los vasos de la misma forma sobrecargados de figuras grotescas de mandarines y de modelos de pagodas, que tambien abundaban en la Exposicion, y que se fabrican mucho para exportarlos. Los platos y los servicios para té son elegantes en extremo y sumamente ligeros, así como sus pinturas tienen un mérito mucho mayor que las de otras piezas mas grandes.

La industria de porcelana es, como nadie ignora, una de las mas importantes de la China, donde existe hace ya cerca de doce siglos. Las fábricas de Kin-te-Techin, en el Kiangsi, que son las mejores del imperio, se remontan, segun se asegura, á mas de ochocientos años, y á ella acude á proveerse la mayor parte del comercio de las provincias inmediatas, pues suponen que el agua de dicha localidad es infinitamente mejor para la fabricacion de la porcelana, que las de otros puntos en que tambien se fabrican.

Los materiales empleados por los Chinos en la industria que nos ocupa son hoy muy conocidos en Europa; pero la ligereza y la transparencia de sus porcelanas, que no se han podido hasta ahora igualar, podrian hacer sospechar algun secreto ó algunas particularidades en sus procedimientos de fabricacion. En cuanto á sus pinturas en esmalte y á sus dorados, podemos asegurar que son muy inferiores á los de Europa, y que no tienen otro mérito que su misma extravagancia.

Las piezas pequeñas de porcelana se venden mucho mas baratas en los puertos del norte de la China que en Canton. En Ning-po, por ejemplo, un servicio para té, compuesto de dos docenas de tazas, adornadas de pinturas de la mayor elegancia, solo cuesta unos ciento cincuenta reales, al paso que se paga por él doble ó triple precio á un comerciante de la capital.

Cuando en Europa no se sabia fabricar la porcelana, la China nos proveia de ella abundantemente; pero hoy la exportacion de este artículo solo se eleva en el puerto de Canton á la suma de seiscientos ú ochocientos mil francos.

Las sederías chinas causaron grande admiracion en el Palacio de Cristal. Los satinés y los damascos se distinguen sobre todo, tanto por la hermosura del tejido, como por la elegancia de sus dibujos; pero estas magnificas telas (debemos decirlo en honor de la industria europea), encuentran dignas rivales en las fábricas de Francia y en las de Inglaterra.

La industria sedera está en boga en el Celeste Imperio desde tiempo inmemorial. Un antiguo soberano de aquel país, deseoso de estimularla, comprometió á la emperatriz su esposa á que presidiese en persona el cultivo de las moreras de sus jardines y el cuidado de los gusanos de seda de sus palacios.

Este ejemplo no fué perdido, y así es que dicha industria ha alcanzado en China una perfeccion notable.

Se prodigan á las tierras los abonos mas convenientes, se podan los arboles con esmero, y se preservan las hojas de los insectos perjudiciales.

Los chinos emplean para la fabricacion de la seda procedimientos de un sistema bastante perfeccionado, pero muy inferiores al de Jacquart. Solo al talento del obrero y á las tradiciones manufactureras debe atribuirse la hermosura de las sederías chinas, y la superioridad que conservan los damascos, los fulares de Nankin y las telas bordadas de oro y plata

de Teche-Kiang, y sobre todo los incomparables crespones, de los cuales se han visto en la Exposicion magnificas muestras.

Canton remesa anualmente al extranjero por valor de diez millones de francos en sederías, siendo las mas preciosas las de las cercanías de Nankin.

Se ha visto en el Palacio de Cristal el famoso tisú de *kia-pou*, llamado por los ingleses *grass-cloth*, y cuya primera materia nos es enteramente desconocida. A fuerza de inquirir hemos llegado á averiguar que dicho tisú se fabrica con las hebras de una planta, conocida en la historia natural con el nombre de *urtica nivea*, planta cuyas hojas tienen hasta cierto punto la figura y el color de las ortigas anchas.

El *kia-pou* es la batista de los chinos, y de él se veian hasta quince clases diferentes en el almacén de un mercader de Canton, llamado Idko-Yun, cuyos productos han figurado en el palacio de Hyde-Park. Los europeos establecidos en la China sacan muchísimo partido de esta preciosa tela, empleándola para pañuelos, pantalones y camisas, las cuales son muy frescas en el verano, y tienen la ventaja de no pegarse á la piel cuando esta traspira.

Tambien han llamado notablemente la atencion, con justicia, las cajas chinas y otros muchos objetos de laca.

El barniz-laca es una resina que destila cierto árbol conocido con el nombre de *tsi-chu*, bastante comun en las provincias del Se-Tchuen y del Kiang-si. Las incisiones que se hacen en su corteza ofrecen fácil salida á dicha resina, que se recoge en vasos de barro. Se mezcla en seguida, segun nos han asegurado, la materia obtenida de este modo con otras varias sustancias antes de emplearlas, y se aplica despues á la madera en capas muy delgadas, repitiéndose la operacion muchas veces, pero teniendo cuidado de no añadir capa alguna hasta que la anterior se halle perfectamente seca.

En el Japon se emplean cinco capas diferentes, y se pulen luego con una piedra dulce y tambien con lija. En cuanto á las incrustaciones de nácar, se obtienen dando color á una de las caras, que se ha cortado ya espesamente, é introduciendo la pieza, preparada de este modo, en el barniz, de modo que el lado á que se ha dado color, quede debajo y refleje su tinte al través del nácar.

Las lacas de China contienen en general infinitos dorados que representan paisajes, lagos, pagodas y personajes fantásticos. Canton esporta gran número de cajas para té, así como *necessaires* y pantallas de laca.

Basta por hoy de la Exposicion china. En otro artículo nos ocuparemos de sus pinturas, de sus estatuas, de sus animales de madera y de barro, y de otras curiosidades que convierten al Celeste Imperio en un verdadero é inmenso almacén de saboyanos.

CARTAS A UN ANGEL.

II.

EL BAILE.

He calumniado al mundo; me he calumniado á mí mismo tambien. El mundo es bueno; su inmenso prisma tiene facetas que presentan cien mil objetos encantadores: yo tengo fé, y entusiasmo, y vida; yo quiero gozar y gozaré. Voy á escribirte á cortos periodos; mi carta será una coleccion de fragmentos. Quiero pintarte las impresiones que recibas tales cuales las vaya recibiendo, en el momento de recibirlas; porque las impresiones de cierta especie pasan pronto, y el recuerdo nunca es tan vivo como la misma sensacion.

Dejo la pluma para anudarme mi blanca corbata de ba-



Larrochejaquelin.

tista; esto te diré que voy de baile. Mi cabellera está rizada y perfumada, si no por tu linda y blanca mano, por la mano del peluquero, y exhala mas fragancia que un ramillete de mil flores. Una cabeza tan rizada, tan perfumada y tan lustrosa no puede abrigar tristes ideas, y veo un mundo de color de oro, como si me sirviera de prisma una copa de vino de Jerez. ¡Cuánto me voy á divertirme! ven conmigo al baile, y te divertirás tú mismo al ver lo mucho que yo me divierto.

Estoy en la puerta de mi casa, y no me atrevo á poner los pies en la calle, porque está lloviendo, y se van á ensuciar mis pantalones de *satén* y mi par de botas de charol. Cuando empecé á vestirme estaba la noche apacible y serena, y ahora llueve, y ventisquea, y hay lodo. ¿Para qué hace falta este agua? «Para los sembrados y las plantas», me responderán esas gentes estúpidas que solo se cuidan del precio del pan. «Para la salud», me responderán esos otros que solo piensan en las pulmonías, como si hubieran de ser eternos. Lo mismo daba á las sementeras, á las plantas y á la salud que lloviera á las cinco de la madrugada, que á las once y media de la noche, y á mí esta agüita me contraria terriblemente. Es preciso enviar á buscar un carruaje, y sacar diez ó doce reales del fondo de imprevistos. Voy á subir cuarenta y tantas escaleras, y voy á subirlas al momento, porque si me descuido un poco darán las doce, se irán todos los carruajes de la Puerta del Sol, y yo tendré que renunciar al baile en que tanto pienso divertirme.

Ya estoy en el baile: he venido en coche, mis botas están en el mejor estado. Sin embargo, me tiene un poco disgustado el pico izquierdo del cuello de la camisa, que de vez en cuando se rebela, y me parece que el pantalón hace una arruga. ¡Magníficos salones! Las bujías se multiplican hasta lo infinito en colosales lunas de Venecia, y deslumbraba tanta claridad. ¡Qué bien juegan esas colgaduras de damasco carmesí, con las paredes de *moaré* blanco! ¡Qué buen efecto hacen las molduras doradas del friso y las puertas, con las guarniciones de las colgaduras! Sillones tallados y dorados, prueban la riqueza del mueblaje, y el pie se hunde sobre las mullidas alfombras. Hubiera sido un sacrilegio pisar tan suntuosas alfombras con una bota manchada de lodo. Ya me ha visto la amable dueña de la casa, y voy á ofrecerle mis respetos. La noble condesa recibe como nadie, y su sociedad es la mas elegante de la corte. Realmente no podía suceder otra cosa: la condesa posee en alto grado esos atractivos que no mueren nunca: los atractivos de un talento elevado y de una esmerada educación.

¡Pero qué mugeres, Dios mio! ¿Se han dado cita para este baile todas las viejas de la corte? ¿Qué empavesadas y qué feas están casi todas! Las unas están agobiadas bajo el peso de sus diamantes; las otras han tenido la fatal ocurrencia de ponerse lazos y flores, sin recordar que son entre ellas una espina. ¿Por qué han de figurarse las mugeres que pueden ser vistas todas las que tienen ojos para ver? Porque indudablemente confunden los salones de baile con los salones de los museos, y no temen convertir un sarao en un museo de antigüedades. Pero hay poca gente todavía. ¿En qué consiste esto? Consiste en que he venido muy temprano. Mi impaciencia de divertirme me ha hecho adelantar un tanto la hora; y á la verdad, no me divierto. ¿Pero quién ha de divertirse entre esta colección de momias? Me sentaré, pues durante el resto de la noche tendré tiempo para cansarme.

—Son las doce y media, y empiezan á estar animados los salones. Ya crujen sedas, revelando que sirven de faldas á mugeres ágiles y esbeltas; cimbra el pavimento bajo plantas que no se arrastran hácia el sepulcro, y empiezo á vivir en esa atmósfera formada por los alientos y las esencias de mugeres llenas de vida y de vigor. ¡Qué bien sientan los hilos de perlas ó brillantes sobre los cuellos y hombros torneados de esas casadas de veinte y cinco á treinta años, que son la desesperación de las solteras, y qué bien se incrusta la pedrería en sus abundantes cabelleras! También cruzan como fantasma esas jóvenes delicadas, vestidas de sencillas gasas, y prendidas de menudas flores, que no tienen una sola lágrima para lo pasado, y sonríen á lo porvenir. Sí, sí, ya empiezan los salones á tomar su aspecto de fiesta, y yo me preparo á gozar. Pero ¡oh desgracia! Tengo que ceder mi sillón á una respetable matrona, precisamente cuando empiezo á notar que me aprieta una de mis botas de charol.

Julio, un jovencito, casi un niño, veinte años cumplidos nada mas, ha tenido la amabilidad de ofrecerme el brazo, y quiere servirme de *ciceroni* en esta ciudad animada, ofreciéndome curiosas historias de sus mas notables monumentos. He aceptado con reconocimiento su oferta; porque mis treinta años bien cumplidos me han enseñado que tiene que estudiar mucho mas una reunión de personas que los restos de la antigua Roma ó las ruinas de la antigua Atenas. En este momento empezamos nuestra escursión monumental. El principio es bueno; hemos llegado á una de las maravillas del mundo: esta maravilla es Sofia. Sofia tiene mi misma edad, y se encuentra en el apogeo de su belleza; la belleza de esta muger se conservará muchos años, porque tienen todas sus facciones una regularidad admirable; su tez una frescura imperecedera, y me asegura mi amigo que Sofia no tiene corazón. Hace diez años que la trato, y sin embargo la he saludado con el respeto de un hombre que apenas la conoce; en cambio Julio, que la habló por primera vez, diez días hace, la saludó con la franqueza de un antiguo amigo. ¡Qué en posta camina la tierna juventud!

Yo, que he recibido mas de una vez íntimas confianzas de Sofia, no he tenido nada que contar á Julio de su vida; pero mi amigo ha suplido brillantemente mi omisión. ¡Cuántas y cuántas cosas me ha dicho en dos ó tres minutos! Las tres cuartas partes serán mentira; pero ya se sabe que todo *ciceroni* debe mentir. Quién sabe cuándo hubieran concluido las historias, si no hubiéramos tenido la fortuna de encontrar al paso á María. María tiene diez y ocho años, es bellísima, pero con una hermosura tan delicada, tan poética, que durará apenas un lustro mas. Es una verdadera sensitiva; puede matarla una gota de agua, un copo de nieve, una bocanada de viento, y hasta el mismo calor del sol. María me mira como á un hermano mayor ó á un tío; y como sabe que yo no bailo, me ha pedido que á la hora oportuna la busque para conducirla al *bufet*. María, aunque con menos años que Julio, lo mira como á un niño, y se lo ha llevado casi á la fuerza para

que baile con ella una polka: Julio está gastado y se desdén de bailar.

Me he quedado solo; la bota me lastima mas cada minuto, y además acaba de sucederme una desgracia enorme. Ha saltado el botón del guante de la mano izquierda. Maldito *Dubost*! ¿por qué no hará que inviertan una hebra de seda en afirmar cada botón? Bonita figura hace el guante! Una muñeca con el guante desabrochado, hace la mismísima figura que el cuello sin corbata: es una cosa hasta indecente. ¿Pero qué hago yo aquí como un tonto sin hablar con nadie, sin acercarme á nadie? Y á fé que conozco á todas las mugeres y á todos los hombres. Necesito animarme; voy á dar conversación á Cecilia. Qué bien me recibe! es una verdadera muger de mundo, y esta esta noche encantadora. Voy á emplear en ella todos los tesoros de mi elocuencia, y me parece que voy á decirle palabras de grandísima significación. Siento un no sé qué; sus grandes ojos negros se fijan en mí con insistencia, y me inundan con el fuego de sus miradas; vaga en sus labios una sonrisa celestial, y entre dos hilos de coral asoman dos sardas de perlas. Oh! las miradas de Cecilia harán que lata mi corazón apresurado. Pero de repente sus miradas se tornan frias é indiferentes; su sonrisa toma una expresión de desden; aparta los ojos de mí y los fija en el hueco de aquella ventana. ¿Quién está allí? Allí está Camilo, su amante, oficial segun dicen: yo estoy estorbando y me voy.

Otra vez solo, otra vez cansado, y sin encontrar medio de poner en razon al guante. Soy una planta muerta en este jardín de plantas vivas, y lo mejor que puedo hacer esirme á la cama. Voy á despedirme de la condesa... Pero si no puedo alejarme! he ofrecido á María acompañarla al *bufet*, y tengo que esperar la hora. Yo me estoy cayendo; la bota se obstina en atormentarme, y voy á estallar en esta sala. Pero ¡oh fortuna! allí descubrí un sillón vacío, junto á una muchacha bonita á quien no conozco. Ya he tomado posesión del sillón, y estoy siguiendo una conversación insulsa con la niña, que no sé por qué no aparta sus ojos de mi guante desabrochado. La conversación se va haciendo muy fastidiosa, y me levantara de buena gana; pero estoy tan cansado, que por no dejar el sillón ensarto palabras insulsas como si fueran cuentas de rosario. Un joven se acerca, pidiendo á mi vecina una polka; ella acepta. ¡Dios bendiga á la feliz pareja, y que no acabe nunca el baile!

Bien por los polkistas! qué actitudes tan interesantes y estudiadas toman los pícaros y pícaras! Las cabezas de las mugeres apoyadas sobre los hombros de los hombres, la cabeza de los hombres inclinada sobre los hombros de las mugeres, procurando descubrir misterios para encontrar luego desengaños. ¡Cómo aparecen y se esconden los pequeños pies, calzados de blanco, bajo las transparentes faldas! Cómo adelantan y retroceden en ese doble movimiento compasado y voluptuoso! ¡Cómo flotan los perfumados rizos, prolongándose hasta los hombros! ¡Cómo se cruzan las parejas, como las antiguas cuadrillas de los gallardos justadores! Ahora empieza el vals, ese baile vertiginoso que embriega ó mareca; esa imagen de las pasiones que se atropellan y se empujan en los oscuros antros del alma. No sé por qué el vals empieza á producirme cansancio, como si yo valsara, á marecarme como si yo mismo diera vueltas. Está visto, no sirvo ni para simple espectador.

¡Oh qué atmósfera tan pesada! ¡Qué mezcla tan desagradable de perfumes!... Apenas puedo respirar... Yo queria embriagarme con un ambiente voluptuoso; pero el aire que aquí respiro está emponzoñado y me ahoga... Yo no sé cómo esas parejas tienen fuerzas para bailar; no sé cómo hay mugeres que dirijan ardientes miradas y blandas sonrisas á los hombres; cómo hay hombres que se acerquen á las mugeres... Y hay mugeres que recorren los salones apoyadas en los brazos de sus amantes; y hay hombres que, con una mano apoyada en el respaldo de una silla y el sombrero en la otra, dirigen estudiadas galanterías á sus amadas, y á las que han de serlo, y á las que no lo serán jamás. Lo admirable es que todos parecen satisfechos, que todos están animados, que todos gozan, cuando yo me muero de fastidio. ¡Qué estúpidos son! Siento impulsos de subirme sobre mi silla y llamarlos estúpidos á boca llena. Haría muy mal, y se reirían de mí burlándose de mi candidez. No son estúpidos, son juglares que están representando una farsa, y hacen como que se engañan unos á otros.

¿Por qué no hago yo lo que todos hacen? ¿Por qué no finjo como todos finjen? ¿Por qué no miento como todos mienten? ¿Por qué no soy galante y decididor? ¿Estoy por ventura mas gastado que todos ellos? No estoy mas gastado; pero ni finjo, ni miento, ni enamoro, porque yo he gastado mi lengua como ellos han gastado sus corazones. Hablan y hablan porque dicen mil tonterías; yo no las digo, no las hago. Decir tonterías es lo ridículo; hacerlas no, porque los sabios son los que las hacen. ¡Cuántos sabios hay en el mundo!... También hay sabias, porque las mugeres hacen casi tantas tonterías como los hombres; y está visto que la sabiduría humana consiste en tonrear... Pero, ¿en qué consiste que la marquesa, cuando entró en el salón, estaba blanca y sonrosada, y ahora está pálida y morena? Consiste en que se ha despintado. El continuo roce de sus bucles postizos ha ido robando el color á las mejillas. ¡Pobres bucles y pobres mejillas! se han estado engañando mutuamente; se han estado acariciando para destruirse; eso hacen las mugeres unas con otras, y los hombres unos con otros; y las mugeres con los hombres, y los hombres con las mugeres.

Pero esta es buena! ha venido á sentarse á mi lado la antiquísima Doña Anacleto; es buena señora que empieza por repetirme cincuenta veces que tengo muchísimo talento y que le gustan mucho mis cosas; por preguntarme en qué me ocupo, y qué pienso escribir el año próximo; y acaba por recomendarme sus innumerables protegidos, pidiéndome que acomode al uno en una imprenta, al otro en la redacción de un diario, y al tercero, y al cuarto, y al quinto en todas las oficinas generales y particulares del país. Dicho y hecho: la conversación de todos los días, corregida y aumentada, como las ediciones de los Códigos Españoles. ¿Para esto he venido yo al baile? ¿Para esto he perdido dos horas en acicalarme? ¿Para esto he tomado coche? ¿Para esto me he engañado como un miserable, diciéndome que venia á divertirme? Pero ya se acabó la polka, la niña se dirige á su asiento: le cedo el mio y recobro mi libertad.

Llegó la hora del *bufet*. ¡Con cuánto placer estoy sirviendo á la delicada María una delgada lonja de jamon en dulce-un trocito de pavo en gelatina, y una copita de Champagne! El baile ha abierto el apetito á la mitad hermosa del linaje, y come con una afición que hace honor á las disposiciones gas, trónicas del sexo hermoso. Todas engullen con tal prisa, que las jóvenes inflan los carrillos hasta parecer casi deformes, y las ancianas los igualan hasta parecer casi jóvenes. ¡Qué feas están las mugeres comiendo con ansia! Algunas beben como comen, y los niños parecen buitres y mosquitos. A este paso, los aparadores y la cueva de la condesa van á quedar desmantelados. Antes se convidaba á bailar y se daba algo que comer; ahora se viene á comer, y se baila para hacer hora. Yo, que no he bailado, ¿por qué no ceno, como cenar las que han bailado, y las que no han bailado tambien? Porque yo que no he encontrado placer en el baile, tampoco lo encuentro en la cena, y estoy bebiendo una hora hace los vinos mas espirituosos con intento de emborracharme, y solo consigo irritar el estómago, sin que la cabeza flaquee.

Ya estoy en la calle sano y salvo; salvo no, que llueve y me moja; pero ahora no importa, porque aunque se estropeen las botas y quede manchado el pantalón, no ensuciaré las mullidas alfombras. Dando resbalones y traspieses he llegado á la puerta de mi casa, y tengo el gusto de haber pasado media hora llamando, sin esperanza de que bajen á abrirme la puerta. Afortunadamente no son mas que las cinco de la mañana, y está diluviando. Ya veo luz; me han abierto al fin, he subido las escaleras y estoy en mi cuarto. Este empieza á trasformarse en una desarreglada prendería. Sobre una silla está el sombrero, en dos el gaban; el frac, el chaleco y la corbata sobre el sofá; los pantalones colgados del respaldo de un sillón. Mi cuarto parece un campo de batalla. Por fin, me he metido en la cama; quiero dormir, pero me lo impide una sed rabiosa, producida por el mucho vino que he bebido. No tengo agua á mano, y me abraso. ¡Cuánto me he divertido, cuánto! No me compadezcas, ángel mio, que estoy riéndome á carcajadas.

UN HOMBRE.

La primera flor.

¡Que bella es la aurora al aparecer en medio de una mañana tranquila! Aquel arco de luz que se levanta sobre el horizonte, empuja suavemente á las ligeras nubes, débil escolta de las sombras de la noche que huyen hácia el Occidente: las estrellas parece que se alejan remontándose sobre la inmensidad del espacio, y sus tortuosos rayos se confunden con la luz de la mañana, como otros tantos arroyuelos que van á perderse en el majestuoso curso de un gran rio: la pálida claridad del Oriente corre juguetona saltando por encima de las rocas y de los árboles, sin atreverse á penetrar en el fondo de los valles ni en los sombríos bosques; sus rayos, debilitados por las plantas y las piedras, van á despertar á la ave-cilla que se columpia muellemente sobre las ramas, y que dudosa entre la noche y el día, espera otra luz mas fuerte que venga á herir sus ojos, para saludarla con sus melodiosos y complicados trinos...

Tal despues de la noche del invierno viene la primavera á anunciar á la naturaleza un nuevo día, un año mas de existencia. La naturaleza acepta los dones de la primavera, y se engalana con los primorosos adornos que esta la regala. En breve el campo es un verde tapiz de cuadros caprichosos y variados; las auras adquieren esa voluptuosa languidez que entumece los sentidos y alarga dulcemente al pensamiento; las nubes estienden sobre los aires un delicado manto que deja en mil partes descubierta el azul purísimo del cielo; y la sencilla golondrina bate de nuevo sus alas sobre la superficie de las aguas. Mientras tanto, el aquilon encoge los nervudos brazos y se retira á su oscura y fria morada: es el leon fatigado que vuelve á la caverna para reparar sus fuerzas y lanzarse otra vez sobre el asustado rebaño.

Entonces nace la flor!... Tímida mensajera de la alegría de los campos, aquella que alza la primera el púdico y virginal capullo, llama en seguida á sus modestas compañeras, que no se atreven á erguir su tallo sobre el suelo en donde han nacido: aun se oye de vez en cuando el sordo rugido del enemigo de las campañas; aun suena á lo lejos el soberbio aquilon. Yo he visto un oso que acosado por los cazadores, huía subiendo por la pendiente de una montaña; pero alguna vez se detenía, y sacudiendo las piedras con sus manos, se arrojaba con furia contra sus perseguidores, que retrocedían espantados ante la cólera terrible de la fiera: cuando el genio del mal huye derrotado, se para á intervalos en su camino para amenazar á las almas que se han librado de su funesto influjo.

Pero ya vive la flor... ¿Quién la envía esa vitalidad inconcebible? Nace y crece á pesar suyo obedeciendo únicamente á una causa y á una voluntad desconocidas. Mas en tanto las auras vienen á mecer su tallo; el sol de la primavera la llena de aroma y de colores, y las gotas del rocío ruedan sobre sus hojas como las lágrimas del primer amor sobre la tierna mejilla de una virgen. ¡Hija hermosa del abril! Veo en tu capullo la sonrisa de la infancia; leo en tu cáliz la inocencia de la primera edad de la criatura; y los colores de tus hojas son los ensueños de felicidad que velan en torno del alma, agena todavía á las pasiones de la vida; ensueños dulcísimos que desocgen ilusiones impalpables como los vaporosos perfumes que tú exhalas. Ay de tí! que cruzarás con breves pasos esa vida deliciosa! porque el rayo de sol que anima tu existencia corre ligero abandonándote á tu destino: por donde quiera que pasa la vida, va dejando tras de sí un rastro de tristes despojos. Vendrá el sol del estío, y dejarás de existir: la vida no tiene mas que una primavera. En vano mi pensamiento, salvando de un vuelo los años que he atreyesado, quiere llevarme á los días de mi infancia: cuanto mas se afana por alcanzar aquella primavera de mi vida, mas me alejo de ella: soy un viajero que no puede retroceder en su camino; vuelvo mis ojos hácia atrás, pero mis pies siguen marcando sus pasos iguales hácia adelante: nada soy ni nada puedo contra la fuerza que me dirige. Yo ignoro, flor, si tú tienes inteligencia: pero es igual, esta triste compañera del hombre está ligada á la fatalidad de su destino. Si tú naces, vives, mueres; yo nazco, vivo muero: yo no sé cómo esto se verifica, y creo que tú tampoco lo

sabrás. Tenemos señalada la senda por donde hemos de pasar; á tí te están tasados los perfumes y colores, á mí me están tasadas las acciones. Ora nazcas entre hediondo lodo, ora te cerquen aromas esquisitos, no añadirás la mas pequeña parte al perfume de tus hojas.

Así, flor, nos acercamos al término de nuestro camino. Tu muerte será un tiernísimo suspiro, último perfume de tu vida, que se perderá en los aires desvaneciéndose indefinidamente hasta reducirse á la nada: también yo acabaré con un suspiro; pero el perfume de mi vida es una cosa inapreciable, que llamamos alma, y que irá también á deshacerse en el inmenso abismo de la eternidad. Mas ay, flor! cuando el fuego del sol haya marchitado tus hojas y hecho palidecer tus colores, cuando las horas de tu existencia pesen sobre tí y hagan encorvar tu tallo, cuando en fin el viento abrasador de la tarde venga á arrojarte por la arena, entonces, en medio de tu agonía, no tendrás recuerdos de lo que fuiste, ni te saltará la duda de si habrás de ser algo. Pero yo, en esos momentos de lucha entre la vida que se escapa y la muerte que se acerca, lucha tal vez desconocida para tí, veré á lo lejos, como si fuera una estrella que se fija sobre el horizonte, las dulces horas de mi infancia perdidas para siempre; y ensancharé mis párpados, y encorvaré mi cuerpo, y extenderé mis brazos para alcanzar aquella lejana estrella; pero entonces una mano pálida y descarnada me agarrará por los cabellos, y sin moverla á compasión mi angustia, hará inclinarse mi cabeza hácia atrás: la estrella en tanto brillará mas hermosa que nunca: todas mis fuerzas se concentrarán en mis trémulos labios, que articularán súplicas de piedad, y mis ojos querrán desprenderse de sus órbitas para juntarse con aquella bellísima imagen; pero solamente una terrible carcacha contestará á mi demanda y á mis deseos; el aspecto irónico de la muerte paralizará mis miembros; el terror se apoderará de mi alma, y el pensamiento, saltando mas allá de lo que alcancen mis ojos, querrá medir el abismo adonde me arrastrará y precipitará la muerte! ¡Ay! que el hombre tiene inteligencia, y la inteligencia es el despiadado verdugo del hombre.

Feliz el ser que cruza la vida sin pensar en ella; feliz tú, flor, que no tienes recuerdos del pasado ni esperanza del porvenir. Por eso te levantas galana sobre la verde alfombra de la campiña, sin que pesar alguno venga á manchar el perfume de tu cáliz ni el color de tus hojas. Breve es tu vida, pero nada la inquieta. Las horas de felicidad son escasas; por eso el hombre vive algunos días mas: si viviera feliz, viviría durmiendo; el sueño aligera el paso de las horas. Pero el hombre vive mas porque es infeliz, y sin embargo, nace como la flor y muere como ella: en vano pretendería averiguar la causa de su existencia. «La vida de este mundo es parecida á una débil planta: cae el rocío del cielo, y las plantas reverdecen; mañana sopla el viento, y secas como la paja son dispersadas delante de él (1).»

Mas tú, flor, no miras lo futuro, ni te asusta tu suerte, porque no adivinas el triste fin de toda criatura nacida. Goza, pues, de tu presente, y estíende alegremente tus galas en ese campo que se enorgullece con poseerte. Cuando la tristeza se apodere de tí, porque el sol haya arrebatado tus primores, entonces te acercarás feliz al término de tu vida, sin que el menor remordimiento venga á turbar el sueño desconocido en que irás á descansar.

P. A. CARDAÑO.

Los siguientes apuntes biográficos han sido escritos y remitidos á LA ILUSTRACION antes de la caída de Rosas; pero esto mismo contribuye á aumentar su interés.

MANUELA ROSAS.

Hé ahí un nombre conocido de todos, pero que indistintamente lo han aplicado unos á un ángel, otros á un demonio. Pues esa muger, que ha inspirado ya tantas páginas en su favor y tantas en su daño, puede contar, entre los caprichos de su raro destino, el no haber sido comprendida jamás ni por sus apologistas ni por sus detractores.

En buen hora los aduladores de su padre quieran adormecerla, embriagándola con el incienso de sus lisonjas. Y dibujarla, idealizándola con rasgos extravagantes, algunos mercenarios escritores, que en la Europa como en América, han pretendido formar un cielo, un aire, un sol donde subir y colocar á la diosa bellísima de su imaginación, que ellos se empeñan en llamar Manuela Rosas, de Buenos-Aires, en 1840, 45, etc.

En buen hora también los adversarios poco reflexivos del dictador argentino, se afanen en presentar á su hija como modelo de perdición. Unos y otros no habrán hecho mas que falsificaciones de un personaje que pertenece ya á la historia argentina; y como tales, sus pinturas apasionadas pasarán inapercibidas mas tarde, ante el ojo frío y desinteresado del historiador.

Emprender un trabajo circunspecto y tranquilo sobre esa muger, es hoy una empresa con mas dificultades de lo que parece al primer examen; no por el trabajo en sí, sino por las vulgaridades con que habrá que luchar, en una época en que el vulgo de las ideas y de los hombres predominan con admirable superioridad entre nosotros: quiero decir, en Buenos-Aires y Montevideo.

Arrostrando pues ese inconveniente, vamos á ocuparnos de Manuela Rosas, en un sentido nuevo, y mas racional que aquellos que se han adoptado antes para hablar de ella.

Perdon, señorita: voy á tocar ciertas fibras de vuestro corazón, y os estremeceréis un momento; voy á levantar una punta del velo misterioso de vuestra vida íntima, y vuestro semblante se encenderá de pudor ó de enojo; voy á fijar mi vista en ciertos hechos de vuestra vida social, y vuestra mirada orgullosa querrá quemar mi frente con su rayo. Pero, y creed lo que os digo, no hay en mí ningún deseo de ofenderos. Pues si bien sois ya para mi patria una propiedad de su historia, que pertenece al examen público de sus contemporáneos, no habeis dejado para mí de ser una muger. Y cuando la causa política á que tengo el honor de pertenecer, llegase á un grado tal de prostración que para sostenerla tuviesen necesidad sus defensores de hacer la guerra á las mugeres:

(1) Koram, cap. de la Caverna.

yo me pasaria gustoso á vuestro padre, antes que someterme á tal conducta, y tendria el honor de hacerme presentar en vuestros espléndidos salones, vestido de colorado de piés á cabeza, como los diablos de Hoffman, ó el general Mansilla. Por el contrario, lejos de querer ofenderos, quiero ser el primero de los enemigos del sistema político de vuestro padre, que alce la voz para haceros justicia, de cualquiera que sea el fallo que merezcáis.

Cierto: el nombre de Manuela Rosas es ya una propiedad de la historia. Su padre habrá tenido la triste misión en el mundo de grabar sello indeleble y de reprobación, á cuanto le haya rodeado en el período memorable de su dictadura.

Único dueño de su poder, como del pueblo que esclaviza con él, radiante con esa aureola de sangre que rodea su frente, fascinador con su inflexible tiranía, no es un dios, pero es un demonio que hace bajar la frente á cuantos se le acercan, presa todos de esa doble enfermedad del cuerpo y del espíritu que se llama «el terror».

Y su hija, única persona que lo ve, que lo oye, y que participa de su confianza, es para el pueblo enfermo, débil y fanatizado, el altar donde corre á poner de rodillas el homenaje servil de su prostración. Manuela oye á todos, recibe á todos con afabilidad y dulzura.

El plebeyo encuentra en ella bondad en las palabras y en el rostro.

El hombre de clase, halla cortesanía, educación y talento. Manuela no es una muger bella, propiamente hablando; pero su fisonomía es agradable y simpática, con ese sello indeleble, pero elocuente, que estampa sobre el rostro la inteligencia, cuando sus facultades están en acción continua.

Su frente no tiene nada de notable, pero la raíz de su cabello castaño oscuro, borda perfectamente esa curva fina, constante y bien marcada, que comunmente distingue á las personas de buena raza y de espíritu.

Sus ojos, algo mas oscuros que su cabello, son pequeños, limpidos y constantemente inquietos. Su mirada es vaga. Se fija apenas en los objetos, pero se fija con fuerza, parece que estan siempre agitadas por el movimiento de sus ideas.

El color de su tez es pálido, y muy á menudo con ese tinte enfermizo de los temperamentos nerviosos.

Agregad á esto una figura esbelta, una cintura leve, flexible, y con todos esos movimientos llenos de gracia y voluptuosidad que son peculiares á las hijas del Plata, y tendreis una idea aproximada de Manuela Rosas, hoy á los treinta y tres años de su vida, edad en que una muger es dos veces muger.

Todo cuanto en la tierra puede lisonjear la vanidad de una muger, se acumula en derredor de Manuela. El poder, el lujo, la admiración, la obediencia, todo está rendido bajo el imperio de sus ojos, que no se abren sino para destumbarse con los reflejos de la espléndida boreal que circunda su existencia!

Los paseos públicos se cuajan de gentes que se disputan el honor de recibir una mirada de ella.

Los teatros no dan principio á los espectáculos, antes que esta dama de un perpétuo torneo no se presente en ellos.

Los enviados de las primeras naciones del mundo, se acercan á buscar en sus ojos una mirada de distinción, con mas fervor que otros llegaban á Catalina de Médicis sobre el trono de Francia, á María Stuardo bajo el solio Escocés, ó á Isabel con el cetro de Enrique VIII. Y si Manuela deja escapar de sus labios una frase cualquiera en favor del diplomático ó del gobierno que representa, el diplomático se cree entonces mas insinuante que Buckingham, en el ánimo de las mugeres; mas astuto que Richelieu, en los laberintos de la diplomacia, y mas inteligente que Pombal, en las conquistas políticas. ¡Tal es la influencia magnética de los gobiernos despóticos y personales, hasta en el espíritu de aquellos hombres que menos debieran temerles al parecer!

Así, aquella criatura nacida en las florestas del Mediodía americano, donde la muger como las flores del aire, solo fascina por su delicada belleza y por la fragancia de su alma, puede mirar con desden á las mugeres mas aristocráticas de la Europa, en medio de cuanto el arte y el respeto tradicional les consagran, colocadas por su nacimiento y su fortuna en la eminencia de las gradierias sociales!

Pero filtremos la mirada á través de ese horizonte deslumbrador, y sondeemos despacio el lóbrego vacío que se esconde tras él.

Pobre muger! En torno de Manuela Rosas, el mundo es una orgía donde se embriagan sus sentidos, y sin saberlo ella, olvida, como el Manfredo de Byron, la esterilidad ó las angustias de su alma, en las ilusiones materializadas de la vida.

Manuela, como se ha visto, tiene mas de treinta años. Comenzó su vida, abrió la flor de su juventud, bajo este cielo bellísimo de Plata, donde el alma se impresiona de amor y se apasiona en el curso de una hora ó de un minuto, impulsada por esas propensiones simpáticas, que se desenvuelven prodigiosamente en un instante bajo los climas meridionales, donde el alma no quiere ser menos armoniosa ni menos pródiga de encantos, que la naturaleza en que respira.

El alma de una bonarense se marchitaría y moriría dentro de sí misma, si la faltara un instante el hábito de las ilusiones y del amor, que ella absorbe de la luz suave y azulada que se refleja sobre las nubes de cisne de nuestro cielo, de las brisas sutiles que se perfuman en sus jardines del Paraná, y de las perspectivas variantes y poéticas de la hermosa y virginal naturaleza que nos rodea.

Pues bien: á esa edad Manuela, esa criatura del Plata, cuyos ojos húmedos y claros, cuya tez pálida y boca voluptuosa revelan con candidez que es una hechura perfecta de su clima, no ha podido sentir una pasión de amor; ó la ha sentido escondiéndola en los misterios de su alma para devorarla en secreto; ó ha tenido que pedir á la intriga una felicidad que no le es dado gozar franca y honestamente. Confidante de su padre, educada por él para servir á los juegos eternos de su política, dando á entender en una palabra, en un gesto de ella, los deseos de su voluntad despótica, que van luego á estrellarse como leyes de fierro sobre la frente encorvada de sus esclavos, ella no puede pertenecer á ningún hombre en la tierra, por que los ojos de ningún hombre han de ver de cerca los subterráneos de una dictadura, que solo es como es, por la lejanía en que vive del contacto ageno. Dar un esposo á su hija, sería en Rosas un acto negativo de su conocida sa-

gacidad. Porque eso sería dar á otro hombre las confianzas de su hija: es decir, los secretos todos de sus debilidades, de sus vicios y de los medios vulgares de que hace uso para llegar á sus extraordinarios fines.

El lo comprende bien. El sabe que por una ley de la naturaleza, mas incontrastable que las que dicta su voluntad de tirano, su hija habia de pertenecer mas á su marido que á su padre, el día que partiera su lecho, como su cariño, con aquel.

Esto por una parte; por otra, vistas futuras en su política, que ya no son misterios á los ojos de los que la estudien de cerca, hacen que Rosas vele como un amante celoso los latidos del corazón de su hija.

Vendrá un día quizás, si la Providencia no se cansa al fin de soportar los delitos de un solo hombre, que es la protesta viva de la justicia del cielo sobre el mundo, en que él saque de su hija soltera, un partido mas ventajoso que el que reportaría de un ejército de mil hombres. Y él espera ese día; ó mas bien él hace que ese día le espere á él, para realizar el sueño dorado que está bullendo hace años bajo su melena de salvaje, y que no cesará sino bajo el peso de una corona, ó bajo la cuchilla del verdugo.

Paño audaz, cuyas consecuencias él mismo no comprende, pero á que se encamina, porque solo él podría alcanzarlo, no en busca del principio, porque ignora lo que es, sino en busca de su brillantamiento personal.

Y llegado ese día, blanco perenne de todos sus esfuerzos, su obra imaginada está cumplida ya, y la mano de su hija le será quizá un apoyo eficaz á sus designios.

Pero todo eso es eventual: está sujeto á todas las vicisitudes de su carrera pública. Y entre tanto hoy, el resultado es el mismo para su hija, pues cualesquiera que sean las causas que lo motiven, ella tiene que vivir una vida estéril é infecunda para ese sentimiento semidivino que hace en el mundo la felicidad de las mugeres; ó apurar bajo la sombra del misterio y en la copa de los culpables, una dicha que su padre le niega.

No hay medio: ó ella tiene que poner llave de diamante á su corazón, para respetar la voluntad de su padre, ó ella tiene que hacerse criminal en la intriga, según el lenguaje de la moral social.

Pero no es esta aun la mayor de sus desgracia.

La mas ágría de todas es, que ese mismo padre no ha dejado en derredor de su hija, un hombre solo capaz de inspirarle una pasión noble y profunda, de que pueda envanecerse.

La muger que desde el primer momento se contempla superior al hombre que se le acerca, ya no puede jamas apasionarse dignamente por él.

Sea en el curso de una hora ó de un año, es necesario que el espíritu de una muger sea dominado; fascinado por el espíritu de un hombre, para que su corazón dé los primeros latidos del amor, del amor del alma, de ese que comienza por la abnegación y acaba por el sacrificio. Pues es de él que hablamos, y no de esas impresiones carnales que envilecen el amor, ni de esas afecciones fugaces que hieren la imaginación y la deslumbran, pero que pasan luego, como el aliento sobre un cristal, ó la huella de un cisne sobre un lago.

Para aquel amor es necesario que una muger tenga algo que admirar ó respetar en un hombre. Y no es solo el prestigio de la gloria, del poder, del talento y de la hermosura varonil, lo que puede imperar sobre el espíritu entusiasta y poético de las mugeres. Hay en la naturaleza moral de los hombres otro elemento de fascinación sobre ellas, mucho mas eficaz y poderoso que la gloria con toda su aureola, y el talento y la hermosura con sus atractivos seductores; y es esa indefinible influencia de la voluntad varonil, que, ejerciendo sobre el alma tímida de las mugeres el despotismo de lo fuerte sobre lo débil, hace que ellas comprendan que se hallan en la presencia de un hombre, que tiene un corazón para amar, una voluntad para obrar, y un brazo para defender á su querida.

Pero Manuela Rosas no encuentra uno solo de esos hombres, en cuantos van á mendigar de sus ojos un rayo de favor que los abrigante un momento, no de amor sino de protección oficial.

Si bajo el gobierno de Rosas pueden haber quedado hombres de corazón en Buenos Aires, no es en las antenas de Palermo donde se encontrarán por cierto, sino en el retiro de sus casas, procurando que Rosas y sus satélites los olviden, hasta que llegue el momento en que ellos mismos los hagan acordar, que aun quedaban hombres á la patria de los libertadores de la América.

(Se continuará.)

JOSÉ MÁRMOL.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES:

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

Adel, porque sin duda habran conocido ya nuestros lectores al esposo de Aurora la morisca, fué el primero que le rompió preguntando á su hijo con cautelosa voz, como si temiera que sus palabras le espresaran todo el horror del pensamiento que quisiera medir sin manifestarle:

—¿Que te dijeron despues de las declaraciones de nuestros enemigos, pasadas las tres audiencias de moniciones?

El rostro del interrogado demudóse de una manera horrible: pasóse la mano por la frente y contuvo despues las palpitaciones de su corazón. Su padre nada pudo notar; la oscuridad era profundísima.

—Cuando aquellos hombres cubiertos de la cabeza á los piés con amplios ropajes negros, uno á uno fueron vertiendo poco á poco el veneno de la calumnia con fingidas voces cuando acabó el po-trero y quedó solo con el secretario y los dos jueces, me dijeron... que confesara la verdad y el tribunal habria compasion de mí... pero ya sabemos lo que es esta compasion... lo negué todo y me amenazaron con el tormento!!!

—¿Nada mas te dijeron, Yahye? No te arrojaron una amenaza mas cruel que llegó á tu corazon, mas horrible que la del tormento que hace saltar las arterias comprimidas, y que muele los miembros todos?

—Oh Dios mio! exclamó el morisco, ¿cumplirán nuestros jueces su sangrienta promesa? ¿será posible lo que yo creia nada mas que una amenaza con que querian aterrar mi corazon filial y hacerme calumniar á mí mismo?

—Hijo mio, dijo Adel con desaliento y amargura honda, bien poco conoces á esos hombres; harto capaces son de todo! ruega al Padre universal, que es el único capaz de protegernos, si es que desde este aposento lóbrego, llegau nuestras voces á su trono de oro, que salve á tu pobre madre, que libre á tus hermanos desventurados!!! Qué te dijeron pues, Yahye?

—Viéndome resuelto á intentar la terrible prueba del tormento, dijo el inquisidor mas antiguo, fray Juan Ortiz, con una benevolencia diabólica que jamás se apartará de mi corazon, que mi madre y mis hermanos Yarax y Leila estaban encerrados tras estas paredes sombrías; que el tribunal, si lo confesaba todo y me arrepentia, habria compasion de nosotros, y que en extremo contrario os arrastraria á todos en mi pérdida: que vos, padre mio, que erais impenitente y negativo, seriais atormentado con mi madre y hermanos!!!

En cuanto lo permitian las ligaduras me prosterné de rodillas pidiendo vuestra existencia aun á costa de la mia! Entonces fray Martin Alonso se inclinó al oido de su compañero, le habló, y contestándome otra vez con su terrible y falsa sonrisa, me prometió misericordia confesando la verdad, es decir, haciendo yo mas segura vuestra muerte. Hácenle falta víctimas para el próximo auto de fé, y quieren presentarnos confesos para que el espectáculo sea vario y edificante. A punto estuve de hablar como ellos querian para salvar á mi madre, á mis pobres hermanos y á vos tambien, padre mio. Entonces me acordé de vuestros repetidos consejos, y la mentira volvió otra vez rápida á lo mas hondo del corazon.

—Oh! y debes ocultarla siempre: de esa manera aun podemos contar con algun resto de esperanza... esos monstruos han comenzado por atormentarnos el alma: de todo son capaces! Nuestra familia desventurada será como el perfume de la rosa que arrastra el huracan de sus alas... Mañana nos atormentaran el cuerpo en medio de atrocísimos suplicios! Valor, Yahye, valor! Cuando sientas dilatarse tus nervios por las cuerdas, cuando veas saltar la sangre á torrentes de tus compresas venas, cuando las astillas de tus huesos rotos penetren desgarrando tus carnes, acuérdate entonces de tu madre, acuérdate de tus pobres hermanos.

—Y vos, padre mio, interrogó Yahye con indescriptible conturbacion, ¿qué hareis entonces si esos hombres cumplen sus amenazas pavorosas, vos, debilitado y reducido al marasmo por el sufrimiento, que no encontráis aire que respirar en este calabozo pestilencial?

Entonces, y antes de que Adel pudiera contestar á su hijo, una llave se introdujo en la cerradura, y tras el rechinar de varios cerrojos, abrióse la herrada puerta del calabozo.

En este instante supremo estrecháronse los dos las temblorosas manos.

Llenóse al punto la prision de luz, y los ojos de los prisioneros, acostumbrados á una oscuridad completa, nada pudieron distinguir tras la oscura sombra que dejaba la linterna.

Luego vieron con horror cuatro hombres cubiertos de amplísimos ropajes negros, que cubriéndoles de la cabeza á los piés, solo daban lugar á la vista por dos agujeros en el antifaz, que tambien era parte integrante del traje.

Abrieron la llave de la cadena que sujetaba á Adel á la pared, y uno de ellos le dijo en imperioso y altivo tono:

—Síguenos, renegado.

—Adónde le llevais? interrogó Yahye con desgarradora voz.

—Síguenos, repitió otra vez el de lo negro.

Adel, suelto ya y antes de que pudieran verlo sus verdugos, dirigióse á donde estaba su hijo con la rapidez que le comunicaba su desesperacion y su amor, y arrojóse en sus brazos... ambos se cubrieron de besos y de lágrimas!

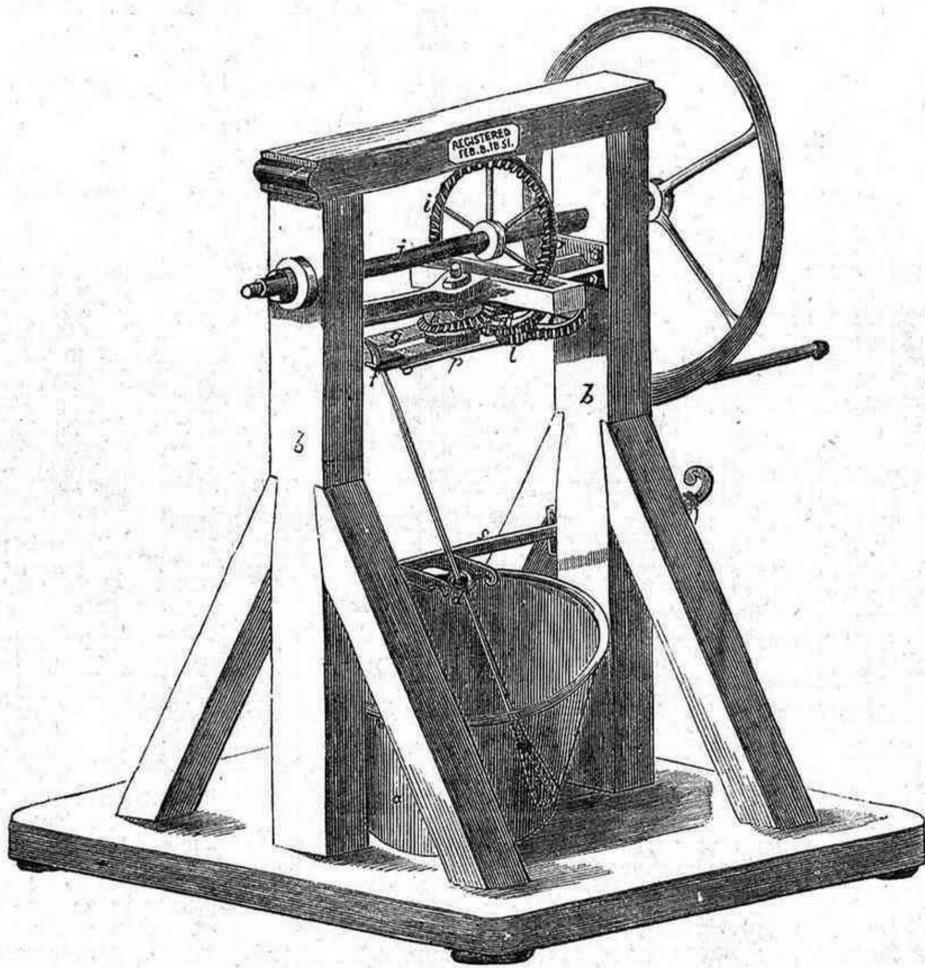
Esta escena pasó en rápidos momentos.

Presto fuéron inhumanamente separados.

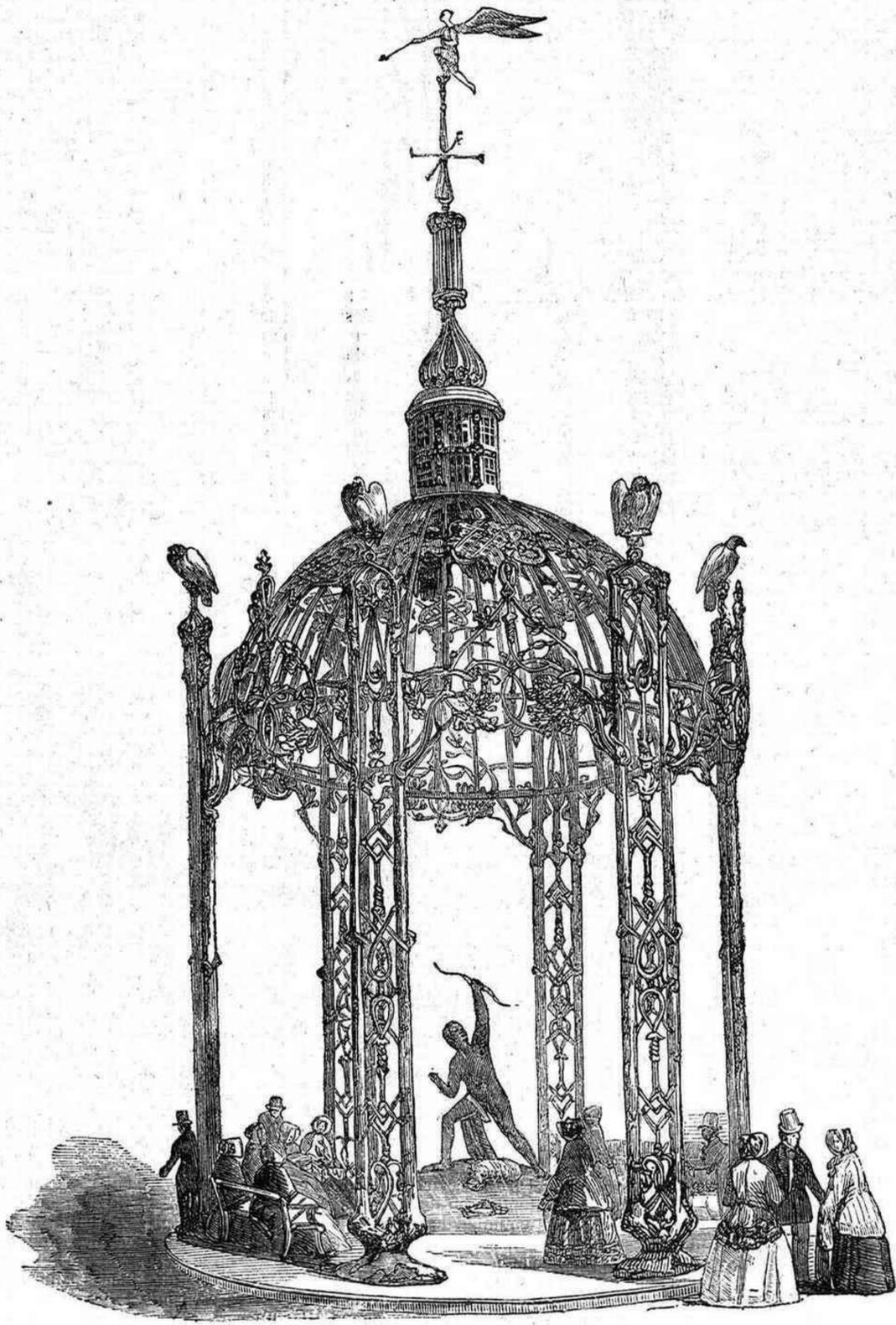
—Adios, Yahye, díjole Adel desde la puerta con voz de agonía, acuérdate de tu madre! Acuérdate de mí!

—Adios, padre mio!

Entre el uno y el otro adios mediaba tal vez una tumba.



Máquina para triturar.



Pabellon de hierro hueco.

Volvióse á cerrar la puerta, y Yahye quedó sumido en la oscuridad, solo, y en la mas horrible duda que puede destruir el corazon humano.

CAPITULO VIII.

La cámara del tormento.

Desde el patio de las cárceles públicas de la Inquisicion (1), despues de pasar un confuso laberinto de corredores, se bajaba una escalera honda que conducia á las cárceles ó calabozos secretos. Despues de las cárceles secretas se descendia otra escalera mas honda que acababa en la sala llamada, segun el tecnicismo inquisitorial, la cámara del tormento.

Nuestros lectores descenderán todas esas escaleras defendidas por gruesas puertas y hombres cubiertos con ropajes tales negros, y asistirán á los terribles y misteriosos dramas de esa estancia sombría.

La cámara del tormento es un estensísimo cuadrilongo de sillería; imponente y triste como uno de esos templos indios cavados en la profundidad de la tierra en el centro de una roca; su pesadumbre oprimia el corazon. Todos los adornos eran negros y sombríos. Cerca de una mesa puesta al fondo sobre un tablado, se hallaba el inquisidor decano fray Feran Ortiz, de fisonomía dura y burlesca: en el extremo izquierdo de la mesa estaba el secretario, y al derecho, fuera del tablado y un poco mas lejos, el médico que asistia á los tormentos para ver hasta qué extremo podria ser este conducido: sobre la mesa estaba un Crucifijo, dos candelabros con sus correspondientes velas verdes, y un reloj de arena para medir el tiempo que duraba la operacion, circunstancia que habia de especificar el secretario en el acta. Del techo pendia la temible garrucha con su cuerda y su pesa; el horroroso banco cuadrado del primer tormento de fuego; la escalera de hierro del primer tormento de agua; la rueda del torno, mas comunmente usado con las mugeres; el

horroroso aparato del mas horrible aun segundo tormento de cuerda; el alto banco del primero de agua; la caja en forma de ataúd del segundo de torno... el prospecto en fin de la tortura llevada á su mas refinada barbarie en honra y gloria del Crucificado, del que exclamó: *Quien de vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra* (2).

—D. Diego, dijo fray Juan Ortiz dirigiéndose al secretario y volviendo el reloj de arena, ya son las ocho y no ha vuelto aun el maestro Francisco Alvarado, cumplamos su voluntad y despachemos: poned en el proceso el auto de costumbre, que firmará luego con nosotros.

El secretario cogió la pluma y escribió en un voluminoso legajo; luego leyó en alta voz lo siguiente:

—«Puesto que los cristianos nuevos, Juan y Pedro de Salvatierra, mas comunmente conocidos por Adel y Yahye, reos de este proceso, están convictos del feo delito de mahometanismo, y persisten en su negativa, sean puestos á cuestion de tormento. El cual dicho tormento, sea á nuestro albedrío, protestando como lo hacemos, que si lesion ó quebrantamiento de miembro hubiese, sea á su culpa de dichos cristianos nuevos Juan y Pedro de Salvatierra, mas comunmente conocidos por Adel y Yahye.»

—Perfectamente, dijo el inquisidor al secretario, cuando este acabó su lectura con toda la calma que usaria si se tratase del suceso mas usual y comun.

Cogió entonces un objeto metálico que habia sobre la mesa, y dió con él en la gruesa pared, que produjo un sonido sordo. Al punto se abrió silenciosamente la puerta, y apareció un enmascarado.

—Bernal, traed el primer número 55.

En la Inquisicion, los hombres dejaban de ser hombres para ser números. ¿Tendria esto una significacion verdadera y propia, manifestándose con ello

(1) Tres son las clases de cárceles del Santo Oficio, públicas, medias y secretas: se llaman públicas aquellas en que se pone preso al que resulta reo en las causas que, sin ser de fé ni tener relacion con la herejia, pertenecen al conocimiento del tribunal de los inquisidores por privilegio particular de los reyes de España, cosa que ha sido perniciosísima en muchos casos. Medias son las destinadas á los individuos, ministros y dependientes del Santo Oficio que han cometido algun crimen ó falta digna de castigo en el ejercicio de su respectivo destino, sin mezcla de herejia ni conexion con ella. En estas dos clases de cárceles no está prohibida la comunicacion con otras personas, sino en los casos conformes al derecho comun de procesos criminales. Se titulan cárceles secretas aquellas en que se encierra al hereje ó sospechoso de serlo, en las cuales no se permite comunicacion con persona alguna, sino las del tribunal, en los casos y con las cautelas que las constituciones previenen.—Llorente, *Historia crítica de la Inquisicion*.

(2) San Juan, cap. VIII, v. 7.

que á sus puertas se dejaban todos los privilegios mas sagrados de la naturaleza?

—Paréceme muy oportuna y feliz vuestra idea, y que no debe olvidarse: puesto que tanto se habla de rebelion, aunque evidentemente es un asunto de realizacion imposible, dijo el sectario, al menos será una esperanza de esos miserables, y salvo vuestro parecer, reverendo padre, debiais interrogarles acerca de eso, durante la práctica de esta diligencia, lo que mas y mas pondria de manifiesto sus crímenes.

—De todo serán preguntados, contestó fray Juan, y precisamente habrán de dejar su necia y tenaz negativa, añadió con tono ferozmente benévolo.

Luego llamó otra vez á la pared, apareciendo como antes el enlutado.

—Preparad el segundo tormento de cuerda para el primer reo, y el primero de fuego para el otro, le dijo el inquisidor.

Como funestas sombras entraron con el enmascarado otros cuatro hombres del mismo traje sombrío. Todo se ejecutaba con la rapidez del pensamiento.

Colocaron cerca de la pared un banco de construccion rara, clavaron en los agujeros del suelo cinco palos, y reconocieron las puertas, desapareciendo luego como siniestras sombras.

A poco volvióse á abrir la puerta, y volvió otra vez el enlutado que conocemos con el nombre de Bernal.

—El primer número 55, dijo con voz solemne.

—Que entre, contestó el inquisidor.

A poco entró Adel fuertemente atadas las manos á la espalda, y rodeado de cinco enmascarados que le hicieron sentar en un banquillo, quedándose á su lado para impedirle todo movimiento.

La fisonomía de Adel estaba demacrada y flaca, casi cadavérica, con estensas ojeras cárdenas. Tendió la suplicante vista hácia su juez, y vió una fisonomía de bronce: el secretario miraba sus papeles y escribía, sus guardias eran una especie de máquinas prontas á todo: conoció que en su corazon no podia abrigar un rayo de esperanza.

Despues de varias preguntas, hechas con imperioso tono, á manera de las confesiones de nuestros procesos, sobre su estado y condicion, que contestó Adel con dulce voz, notó el juez que los miembros del reo chocaban violentamente como si estuviese acometido de un frio intenso.

—Qué es eso? le preguntó:

—Oh señor, tened piedad de mí! sufro mucho.

—Doctor, reconoced al reo, dijo fray Juan dirigiéndose al médico.

El médico se acercó al acusado, le pulsó y se volvió al inquisidor.

—Es un acceso de la intermitente que padece, causada por la humedad y el frio de la cárcel, que faltando á la ley de las fiebres, le ha acometido esta noche, dijo el médico sentándose tranquilamente.

—Confesadlo todo, repuso fray Juan Ortiz dirigiéndose á Adel, el tribunal usando de misericordia será compasivo con vuestros delitos, de lo contrario no os salvará vuestra negativa, antes bien os condenará vuestra pertinacia.

Adel sabia ya lo que podia esperar de esta compasion hipócrita y mentida.

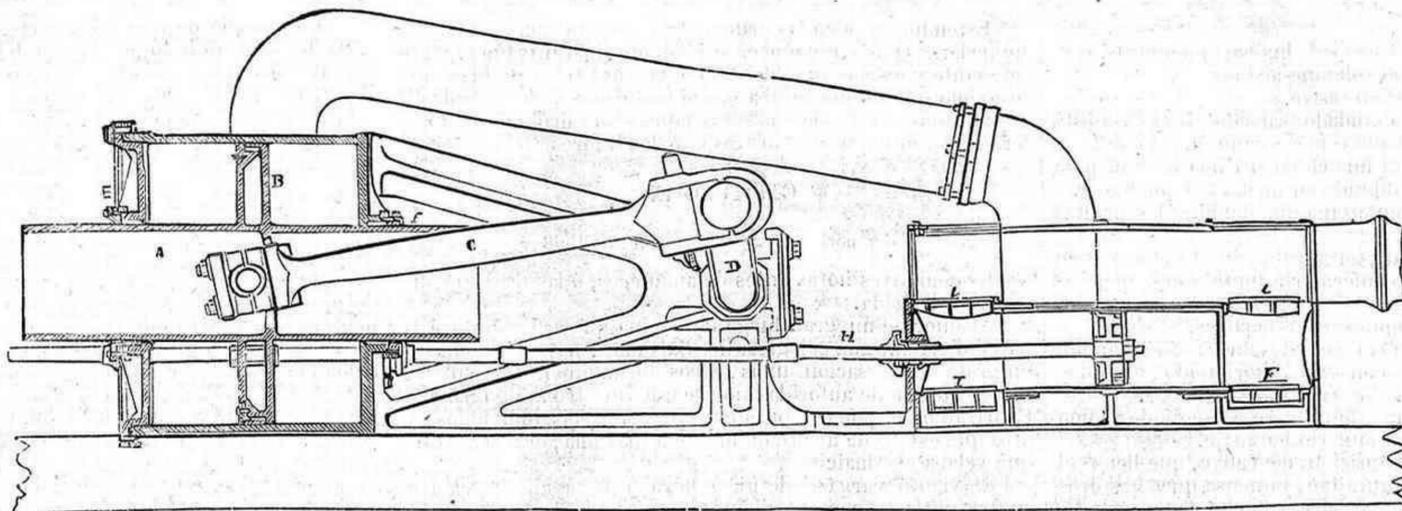
—Oh señor! tened lástima de mí, exclamó con desgarrador acento.

—Confesad pues vuestros crímenes, contestó el inquisidor impasible. Pensad que no os salva del tormento vuestra dolencia, añadió fray Juan. El Santo Oficio, si es humano con el confitente, es justo con el negativo.

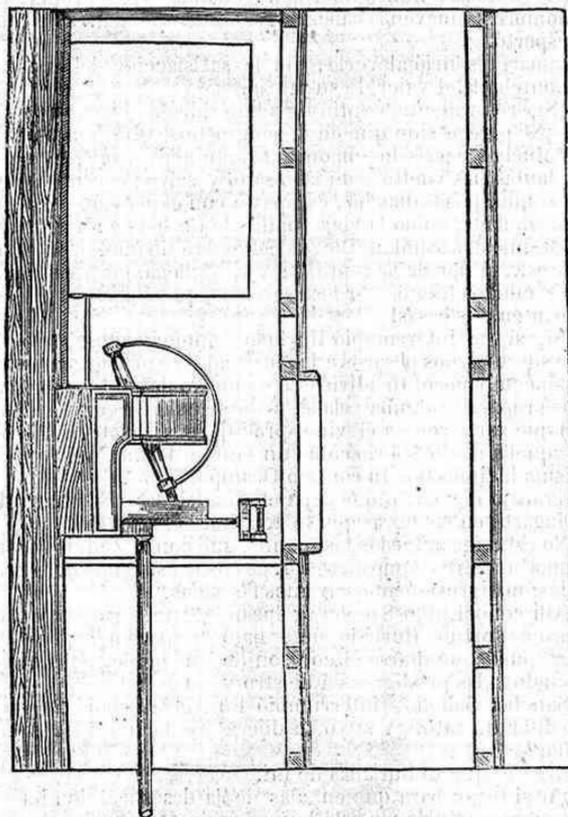
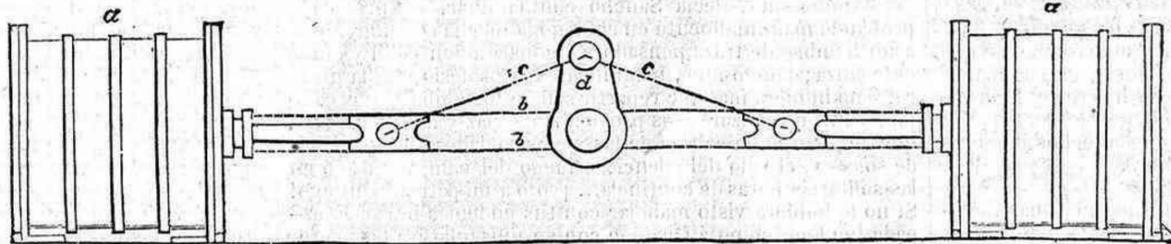
—Soy inocente! añadió el morisco con amargas lágrimas. Su calentura iba en progreso, su fisonomía demudábase por momentos.

—Meditad, añadió todavía el fraile para hacer mas poderosa su elocuencia patibularia, medita en que no es sola vuestra perdicion la que librais, pues además del hijo que os acompaña, están en nuestro poder Farax, Zoraya y Leila.

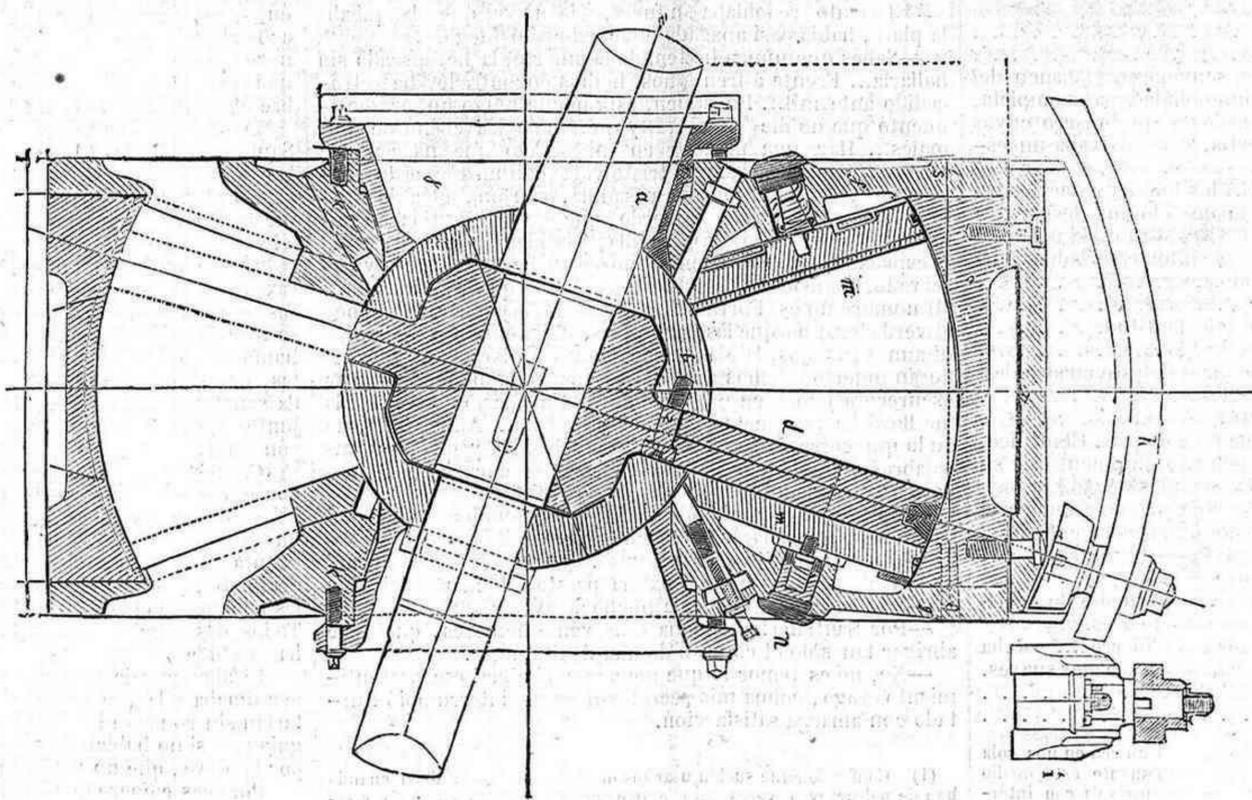
—Oh señor, eso es imposible! exclamó el procesado lleno de indescriptible terror. ¡Por piedad, compadeceos de un infeliz padre, de un esposo infortunado!... Oh! ¿verdad que eso no es cierto? ¿Que nada mas es que una amenaza cruel con que quereis que lo confiese todo? ¡Atormentad mi cuerpo, pero dejadme libre el alma! ¡No



Máquina de vapor.



Máquina de disco para un buque de hélice. (Fig. 2ª.)



Seccion de la máquina de disco. (Fig. 1.ª)

pronunciéis en esta atmósfera de sangre los nombres de mi esposa, de mis inocentes y desgraciados hijos!

—Medid vuestras palabras, y recordad que calificais providencias del siempre justo y Santo Tribunal. No aumenteis con ellas el inmenso catálogo de vuestros delitos, le interrumpió el inquisidor con sombrío y colérico acento.

—Perdonad, perdonad la horrible inquietud de un padre, de un esposo que se siente herido en lo mas sensible del alma, contestó Adel suplicante é intentando caer de rodillas: sus enmascarados guardianes le contuvieron en el banquillo.

—Confesadlo pues todo, insistió el tenaz fray Juan.

—Señor, señor, soy inocente! repuso Adel por tercera vez.

—No haya pues compasion de él, exclamó el inquisidor con rabia. ¡Al obstinado, tortura!

Apenas pronunció estas palabras, apoderáronse de él los enlutados y le condujeron al fondo de la cámara.

Allí habia cuatro palos clavados en el suelo, en los ángulos correspondientes á un cuadrilongo de cuatro varas por dos; en su centro tambien habia otro palo clavado perpendicularmente, como de tres piés de altura y uno de grueso, bastante mas alto que los otros: cada uno de los demás palos era un torno con cuerdas enrolladas.

Adel no oponia la menor resistencia, y desnudáronle completamente: tendiéronle despues sobre el palo del centro, y ataron á cada una de sus manos y piés una cuerda correspondiente á un torno de los extremos: á cada una de las palancas de los tornos agarráronse dos dependientes del tribunal: el médico se colocó á un lado con fria calma.

En esta postura fué interrogado: otra vez permaneció Adel negativo.

Fray Juan hizo una imperceptible señal á los ejecutores. Estos dieron dos vueltas á las palancas.

Adel lanzó un grito desgarrador, que hubiera parado á un tigre...

Siendo tan estrecho el palo donde descansaban sus espaldas, y estando mas alto que los cuatro tornos, al estirarse las cuerdas, habiase casi roto la espina dorsal del atormentado.

Otra vez fué interrogado Adel, y otra vez permaneció negativo.

Los enmascarados dieron un cuarto de vuelta mas á sus palancas.

Todos los huesos de Adel crujiéron entonces, saliéndose de sus articulaciones; el palo del centro doblaba mas y mas sus espaldas...

Aun esta vez estuvo Adel negativo.

Dióse otro cuarto de vuelta á los tornos, y ya las ligaduras se habian introducido hondamente en las carnes; pero ningun otro ruido se oyó que el producido por las palancas.

El médico reconoció á Adel y corrió hácia el inquisidor impasible.

—Si mandais dar otro cuarto de vuelta mas se nos queda en ella, le dijo en voz baja.

—Corred á él y esperad un poco, contestóle el fraile.

El médico volvió al atormentado, y derramó en su seca garganta un cordial que llevaba en un frasco. Adel, afortunadamente se habia desmayado. Presto empero recobro el uso de los sentidos.

—No os obstineis mas, considerad que vais á morir arrastrando en vuestra pérdida á vuestra esposa y á vuestros hijos, le dijo el inhumano juez, clavando en su corazon el último dardo.

Aquel cuerpo no podia sufrir mas; pero aun quedaba un alma bajo el dominio del inquisidor.

La resistencia de Adel habia sido heróica, casi fabulosa; mas fuese ya debilidad ó que este postrer asalto llegara derecho á su corazon desfallecido, ofreció confesarlo todo. Entonces una sonrisa de satisfaccion cruel vagó en los descoloridos labios del fraile.

Uno de los verdugos salió, entrando presto con un jergon que puso en el suelo; cortaron las cuerdas y colocaron en él al descoyuntado y deshecho morisco, que por todas partes manaba sangre.

Entonces se acercó fray Juan Ortiz, é interrogó á Adel, que afirmó ya con voz débil é interrumpida cuanto plació al inquisidor, que perseguia el pensamiento errante y desfalleciente del moribundo, en medio de su agonía.

Adel se desmayó otra vez.

Entonces se aproximó el médico, ligó sus miembros, pul-
sóle, le reconoció, y dijo con solemne acento:

—Este hombre va á morir en breve.

—Os le entrego á vuestro cuidado; salvadle si tal cosa está
á los alcances del arte; porque está cercano el auto de fé, y
su presencia en persona será una elocuentísima lección para
esa gente tenaz que está sembrada en medio del pueblo cris-
tiano como tizon fatal, como cizaña que debilita las plantas
sanas, contestó el fraile.

Este hombre no encargaba el moribundo al médico, sino
como el empresario que ve enfermar á uno de los mejores
actores, cuando ya está perfectamente ensayada la función,
repartidos los prospectos, y puestos los carteles.

—Llevedle, añadió, y que traigan al número 55 segundo.
Los verdugos cargaron con Adel, moribundo y desma-
yado, puesto sobre el jergón.

Otros marcharon para traer al número 55 segundo, como
decía el inquisidor con su patibulario lenguaje.

Estos llegaron presto á la prision de Yahye, que lleno el
corazon de amargura, amargura tan inmensa que nosotros
no ensayaremos describir, aguardaba la vuelta de su padre...
regresó terrible que le habia de conducir á él tambien á la
cámara del tormento!

En medio de sus pensamientos sorprendióle el ruido de
la puerta que se abría.

Palpitó su corazon violentamente.

La puerta se abrió, y entraron cinco enmascarados que
silenciosamente sollaron sus cadenas, pusieron sus manos
atrás, se las ligaron con unas esposas de hierro, y le orde-
naron que les siguiese.

Yahye nada les dijo; porque sabia que aquellos hombres
eran mudos é insensibles como el mármol.

Les siguió pues silenciosamente.

Al bajar la escalera, en medio de ella acaeció una horri-
ble escena.

El séquito de Yahye que bajaba, se encontró con otro
séquito que subía... La escalera era estrecha... Una linterna
iluminaba la escena.

Yahye distinguió un colchon, y sobre él una masa san-
grienta... Anubláronse sus ojos... Lanzó un grito desgarrador...
habia reconocido á su padre!...

A este grito volvió Adel de su letargo, y tras el velo de
sangre que vestia sus pupilas distinguió á su hijo...

Yahye cayó sobre el colchon del moribundo, hiriéndose la
cabeza contra las piedras.

Los esbirros soltaron su carga, y quisieron arrancar á
Yahye, que besaba el rostro de su padre, produciéndole con
sus caricias horribles dolores en sus miembros todos triturados
por el tormento!

—Confíesalo todo, hijo mio, díjole Adel con moribunda voz;
afirma cuanto quieras!

Luego añadió con acento que interrumpía la muerte:

—¡Tú tambien acabarás; pero si encuentras algun ser hu-
mano en tu camino, haz que lleve mi bendicion á tu desven-
turada madre y á tus hermanos!... ¡Adios, Yahye!...

La sangre inundó su garganta. Un segundo despues cum-
pliéronse los pronósticos del médico... Adel habia muerto!...

El morisco lanzó un grito desgarrador, y alzóse en pié,
terrible y feroz como la estatua de la venganza.

Los esbirros quisieron hacerle bajar las escaleras... Yahye,
aunque con las manos ligadas, hizo rodar á dos hasta el
suelo...

Bernal, que guardaba la puerta de la cámara del tormento,
asomó su enmascarada cabeza, y al ver la escena que descri-
bimos, llevóse á los labios un silbato, que produjo un so-
nido agudo y metálico...

La angosta escalera llenóse al punto de milicianos de
Cristo y esbirros armados que por todas partes cercaron á
Yahye, que se entraba por las armas que desgarraban sus
carnes.

¡Apetecia ansiosamente morir!... Pero en la Inquisicion
no se alcanzaba la muerte cuando se apetecia; era preciso
comprarla á muy caro precio.

La lucha fué larga y sangrienta. El morisco resbaló al fin
en uno de los peldaños de la escalera que inundaba su propia
sangre, mezclada á la de su padre, y rodó hasta la puerta de
la fatal cámara.

Entonces fué aprisionado.

Pocos momentos despues estaba sentado en el banco del
primer tormento de fuego, en la inmovilidad mas completa,
untados los piés con grasa y arrimados á un brasero cuyos
carbones apagaba la sangre que vertia, y que avivaba un es-
birro con un fuelle.

La carne se tostaba lentamente... los huesos y nervios es-
taban descubiertos; ya le habia acometido un desmayo y
vuelto tambien de él...

Fray Juan Ortiz le interrogaba con su imperturbable cons-
tancia; pero Yahye permanecía mudo.

Seguia el tormento con su horrible lentitud.

Queremos apartar á nuestros lectores de este cuadro des-
garrador.

Yahye fué acometido de una violenta epilepsia. El médico,
que estaba á su lado, certificó el peligro inminente de su
existencia.

El inquisidor, con emocion de rabia, mandó estender el
acta al secretario y dar por comenzado é non por acabado el
tormento (1).

Yahye fué conducido á su calabozo.

Cuando recobró los sentidos encontró en medio de su de-
bilidad renovados todos sus indescriptibles dolores.

¡Vióse sujeto otra vez á la argolla de hierro!... estaba
emperado acostado sobre un blando colchon con sábanas suaves.

¡Se le cuidaba para la hoguera!!!

Estendió un poco las manos, tropezó con una cosa fria y
húmeda... Quiso reconocer ese objeto instintivamente re-
pugnante y exhaló un grito de honda angustia... ¡Habia com-
prendido que lo que tocaba era el frio cadáver de su padre!!!
Entonces salió de sus secas fauces una maldicion de có-
lera impotente que ni aun traspasó los muros del calabozo!

CAPITULO IX.

La noche del 26 de diciembre de 1568.

Es como tres horas antes de amanecer, ó las tres y media
de la madrugada.

Al amor de un gran fuego de encina que ardia junto á la
pared de la antigua colegiata del Salvador, hay seis hombres
en grata conversacion unos, otros dormitando. Por su aire
imperceptible de autoridad nótese que nuestro amigo Sancho
Camargo es el jefe del puesto; pues estos seis individuos, y
otro que estaba de avanzada un poco mas allá, era la guardia
que velaba el Albaicin.

El viento cargado de nieve llegaba hasta allí mezclando
su frio intenso con el ardiente fuego del hogar, haciéndole
chispear vivamente y azotando con impotente ira los altos mu-
ros de la antigua colegiata... La noche era horriblemente tor-
mentosa y fria.

—Amigo mio, decia Sancho con familiaridad marcial y
probando maquinalmente en el fuego la mecha de su arcabuz,
á un hombre de traza pensadora y constitucion débil y como
enfermiza; amigo mio, magnífica es la profesion de la guer-
ra, si no hubiera mas que repartir sendos mandobles en el cam-
po, y luego realizar esos proyectos de paz y dicha apacible
que zumban en la cabeza de los viejos soldados en las noches
de solaces, al lado del silencioso fuego del campamento ó en
las solitarias horas de centinela... ¡voto á mi patron Santiago!
Si no te hubiera visto manejar con tus endebles brazos la es-
pada tan bien como á Ocampo con su musculatura de acero,
y que ahora duerme como un lirón...

Los sabuesos nunca duermen: cuando oyen pronunciar
sus nombres, mueven la cabeza en señal de inteligencia: Ocam-
po despertó.

Camargo sonrió al verle, con la satisfaccion del cazador
que contempla el valor de su jauria.

—¡Sí, eres valiente, continuó, admirable en el campo de ba-
talla! ¡No parece sino que en el peligro buscas un amigo per-
dido! Muchas veces he encomendado tu alma á mi patron, y
otras tantas has vuelto á mi lado sano y salvo; excepto aque-
lla vez, que, pocos dias há, escapaste con el pellejo, pero ro-
to y acribillado, como la vieja ropilla de un hidalgo hambrien-
to. Con nuestro capitán Diego de Herrera íbamos cincuenta
hombres... la flor de la gente de Adra... llegamos á Cádiz...
¡bien recibidos fuimos por los moriscos, que á porfia nos hos-
pedaban en sus casas!

—Sí, sí, le interrumpió Hurtado conmoviéndose, y olvi-
dando sus antiguos pesares á los marciales recuerdos que evo-
caba su compañero: tú adivinaste en medio de tanto amor que
se nos preparaba alguna celada; nadie te quiso creer. El alhaj
(1) que vertieron en el vino, produjo sus efectos... Estu-
viste aquella noche sobrio como un santón delante del pueblo;
lo mismo hicimos por tu consejo Ocampo, y yo...

—Trabajo me costó que dejaras tu antigua costumbre de
embriagarte en las horas que te deja libre el servicio.

—No estuvieron tardos los monfis, que con el Zaquir despa-
charon á nuestros compañeros. A pesar de estar nosotros pre-
parados, milagrosamente salvamos las vidas.

—Allí conocí, dijo Sancho, golpeando familiarmente en el
hombro á Fortun Hurtado, que bajo la apariencia de una
muger, puede ocultarse el corazon de un héroe... ¡admirá-
bles cuchilladas prodigabas á diestro y siniestro!

—Sancho, Sancho, interrumpió Fortun Hurtado despues
de meditar un rato. ¿Y si yo te dijera que lo que siento no
es valor?

—Creería que te burlabas de mí.

—¿Y si te probara que en alas de la desesperacion busco
un amigo perdido donde está lo mas recio de la pelea, y que
ese amigo perdido no es otro que la muerte?

Camargo quedó mudo, sin saber qué consuelo prodigar á
ese padecimiento sin esperanza.

El viento redoblaba su furia, y la nieve, que blanqueaba
la plaza, habia casi apagado el abandonado fuego.

—Sabes que nunca he temido la muerte, la he buscado sin
hallarla... Frente a frente nos hemos encontrado, ha retro-
cedido ante mí!... Pues bien, esta noche tengo un presentimien-
to que no me engañará, y que me avisa el fin de mis
males... Hay una mancha en mi pasado que nada puede
borrar... Háse deslizado mi triste vida con un recuerdo ver-
gonzoso y funesto, con una pesadilla, con una idea de san-
gre!... He abrigado ese recuerdo, que era hiel vertida en mis
males; he acariciado esa pesadilla, esa idea de sangre, como
la espacion de mi crimen! Conozco tu corazon noble y re-
servado, lo mismo es decirte estas palabras que á un abismo...
Mi nombre no es Fortun Hurtado... no escucharás tampoco
el verdadero; porque las paredes oyen, y no quiero deshonorar
ni aun á tus ojos, la blanca cabellera de mis padres, que me
lloran muerto muchos años há... El astro de mi familia no se
oscurecerá jamás en el porvenir!... Una pasion desgraciada
me llevó hasta cometer una accion indigna... Amigo mio, no
dudo que cerrarás tu corazon á la curiosidad y olvidarás mis
palabras, cumpliendo fielmente el penoso encargo que con-
fiaré á tu cuidado.

—Yo te juro por mi fé de soldado, dijo Sancho con ademan
solemne, que quedarás satisfecho de mi lealtad.

—Estoy tranquilo acerca de eso.

—Habla pues, que se aproxima presto el cuarto del alba.

—Si como creo, dejo esta noche de existir...

—Por Santiago! abandona esos vanos temores, que debe
abrigar tan solo el corazon de una débil muger.

—No, no es temor lo que me acosa el alma! ese presentimien-
to vago, colma mis secretos deseos, interrumpió Hur-
tado con amarga satisfaccion.

(1) Confeccion que suelen usar los moriscos para salir de sí cuando
han de pelear, y á veces para emborracharse, hecha con apio y si-
miente de cáñamo, fuerte para dormir sueño pesado.—Hurtado de
Mendoza.

—Un soldado no teme la muerte... Un hombre debe ale-
jarla de sí cuanto lo permita el honor... Esa desesperacion
que te consume es un crimen... Lo que tú deseas es el suicidio,
y el suicidio, segun nuestro reverendo arzobispo, es el
delito de las almas cobardes y bajas.

Pasó un rato de elocuente silencio. Hurtado, profunden-
te abstraído repasando los eslabones de la férrea cadena de
sus remordimientos, de sus desconocidos pesares; Sancho,
despues de la cita que le hiciera á las homilias del arzobispo,
y que habia acabado toda su erudicion, sentia completamen-
te agotada su inteligencia.

—Cuando yo haya muerto, siguió aquel, te acercará á mí:
debajo de la ropilla hallarás un rizo de cabellos y un papel en-
negrecido y desgarrado.

El soldado se aproximó mas y mas á Camargo, y continuó
hablándole en voz casi imperceptible, como si temiera que
el viento llevase en sus frias alas sus pensamientos secretos.

—Írás despues al palacio de Mondéjar, y secretamente lo
entregarás todo á Doña Elvira de Mendoza, diciéndola que
un pobre soldado á quien viste afanoso correr tras la muerte,
al encontrarla al fin te los entregó empapados en su sangre;
que conocia la sobrada nobleza de su alma, y que sin em-
bargo despues de tanto penar y de tanto padecer, dejó de
existir sin atreverse á solicitar una palabra de perdon; que
si en un momento de desesperacion celosa labró su eterna
desgracia, diez y nueve años de miseria y de remordimiento
y de pesar, no lograron, al surcar su frente y encanecer su
cabeza, entibiarse el ardor insensato del alma.

Fortun Hurtado paró agobiado por la pesadumbre de sus
recuerdos; luego prosiguió con voz mas serena, acercándose
á Camargo con ademan tristísimo:

—Tú, noble amigo mio, cuyo corazon adiviné que tras la
impasibilidad de mi rostro y de mi indiferencia imperturba-
ble habia un pesar inmenso, que tuviste la generosidad de no
querer seguir ni comprender, no huirás de mí con el des-
precio en los labios, retirándome tu amistad al hábito repug-
nante de mi pasado.

—No, no, diablo! dijo Sancho, esa duda no sale de tu co-
razon: demasiado conoces mi alma. Yo no sé hasta dónde
llega tu falta, nada mas que eres un noble compañero, que
jamás cuenta los enemigos que ha de vencer... Debe de ser
emperado hartado grave, cuando de tal manera conmueve tu co-
razon!... Dios perdonó á la Samaritana, borrando la huella de
sus crímenes... Yo soy un viejo soldado, jamás te vi retroce-
der ante el peligro, ni cometer una accion indigna; iguales
peligros nos han amagado á los dos; el fuego de un mismo
campamento ha desentumecido nuestros miembros que he-
lara la nieve, dijo mirando alrededor; nuestra sangre ha
corrido junta en el campo de batalla!... bien poco vale el
afecto de Sancho Camargo; pero tuya es su vida, ya seas el
último de los granadinos, ó el mismo marqués de Mondéjar,
espejo donde brilla la nobleza y la hidalguía castellana.

Tendieronse los brazos, y se estrecharon cordialmente.
El reloj del Salvador dió las cuatro.

—Vamos, dijo Sancho retirándose; relevarás á nuestro
compañero; ya há llegado el cuarto del alba; tu hora de cen-
tinela allí; abandonándote á tí mismo, serás feliz en la soledad.
Esta noche es necesario redoblar el cuidado, pues hay
sobrada nieve, y es ya demasiado tarde para que venga el
corregidor con su ronda.

Cogieron ambos los arcabuces, colocaron las mechas en
las serpentina, y embozándose en los tabardos, desapare-
cieron con direccion á la torre del Aceituno.

Cuatro horas antes, ó sea á las doce, habian llegado á los
molinos que hay en la ribera del Darro, como ciento cin-
cuenta hombres, capitaneados por Aben-Farax, el Jenix de
Berchul, y el Nakos de Nigüelas, y tomando los picos y her-
ramientas que encontraron, subieron á la puerta de Faja-
lauza (1). En el muro que sobre ella hay, abrieron una brecha
tapiada de tiempos antiguos, y unidos como fantasmas se
introdujeron todos en la ciudad, excepto veinte y cinco que
se quedaron allí para proteger la retirada, despues de cam-
biar los sombreros por bonetes colorados y toquillas blancas,
que les daban la apariencia de una tropa de turcos, que apro-
vechando la tempestad y la quietud de la noche, quisieran
merodear la ciudad dormida, espectáculo demasiado comun
en aquellos calamitosos tiempos en que cualquier ciudadano
acostábase tranquilo al lado de su familia, y se hallaba al
nacer el día cautivo y aprisionado, caminando hácia Fez en
una fusta berberisca, frotando su apacible condicion de hom-
bre libre, por la tristísima del forzado.

Así que llegaron á la casa de Farax, que estaba cerca de
Santa Isabel de los Abades, entró este en ella con algunos de
los capitanes que le acompañaban, y los demás, ó se oculta-
ron protegidos por la oscura sombra de las angostas calle-
juelas, ó marcharon enviados por el abencerraje para llamar
á los principales del Albaicin, y avisarles de su presencia.

Luego que estos hubieron acudido, manifestóles Aben-Farax
era llegada la hora de que, antes que en la ciudad entra-
se mas gente cristiana, se alzara el Albaicin. Que los ocho mil
hombres que de la Vega y valle de Lecrin habian de ayudar-
les, no estaban tan desapercibidos que en oyendo la conveni-
da señal y rumor del alzamiento, dejasen de acudir, y todos
juntos aprovecharian el sueño y el descuido de sus enemigos
confiados.

Contestáronle con «que habiéndose tratado que viniera
con millares de hombres, era delirio con tan pequeño número
de gente como le acompañaba acometer tamaña empresa;
que la noche antes habian salido Monfar y Yagary con cin-
cuenta hombres escogidos y las diez y siete escalas con que
decidieron asaltar la Alhambra, los que viendo que no venian,
las habian escondido en una cueva: La noche tempestuosa...
Todos desapercibidos... ¿Quién creyera que Farax llegara
hasta allí?»

El abencerraje repuso que esa era la principal razon que
le animaba y la que ayudaba su empresa: los castellanos es-
tarian sin rondas ni velas; que hasta seis mil hombres le se-
guian, y si no habian llegado aun, era que estaban detenidos
por la nieve, que no tardarian en pasar.

Por mas empero que les dijo el valeroso Farax para empe-

(1) Fajalauza, Collado de los almendros.

(1) Estando prohibido dar tormento dos veces á un reo en una sola
causa, los inquisidores habian discurrido piadosísimamente este medio
de darle cien veces, queriendo persuadir que era una sola con inter-
rupcion de tiempo para evitar la muerte del acusado. Llorente, *Anales
de la Inquisicion*.

ñarles en su temeraria empresa, los ciudadanos granadinos no desistieron de su apatía y de su inercia.

Entonces el abencerraje les reconvinó diciéndoles, « que si era aquella la manera con que ayudaban la libertad de la patria, que á él le habían hecho irse á los montes, donde jamás alcanzaría perdón, que tampoco aceptaría por su parte, abandonando sus bienes y familia; y que si ellos creían encontrarlo, algún día llorarian con lágrimas de sangre su criminal error.

Pero vió que todos poco á poco abandonándole marchaban á encerrarse en sus casas.

En el colmo de la ira juró luego que aquella noche ó se alzaría el Albaicín ó sería saqueado y destruido.

Dividió su gente en dos cuadrillas, y juntas ambas, por la calle de Rabad Albaida se dirigieron á la plaza del Salvador: al llegar al extremo de la calle distinguieron los delanteros un soldado que estaba haciendo centinela. Detuviéronse por ello hasta que se reunieron todos: entonces se presentaron en grupo aterrador, y aquel, en vez de huir como temieran los monfis, dirigióse á ellos, y acariciando la empuñadura de la espada: —¿Quién vive? les preguntó.

Era Fortun Hurtado que cumplía su cuarto de alba. La única respuesta que obtuvo el temerario soldado fué la descarga como de hasta una docena de balistas que le hirieron un muslo.

Entonces pensó en sus compañeros que descansaban confiados en su celo, y que despertarían en brazos de la muerte... Dirigióse huyendo rápidamente al Salvador, convocándolos al arma.

El ruido de sus voces tenía los ya en pié cuando llegó á la plaza.

Por rápida que fué la carrera de Fortun Hurtado, no lo fué tanto que dejara de alcanzarle una flecha untada del mortal rejalgal que crece bajo los húmedos peñascos en los valles sombríos y profundos de Sierra-Neuada.

Los efectos de ese tósigo son rápidos; la muerte pronta y casi siempre inevitable...

Sancho Camargo recibió en sus brazos casi el cadáver de su amigo.

—Huye, huye, díjole Hurtado luchando con la muerte que trababa sus miembros.

—¿Qué tienes, pobre amigo mío?

—Ya lo ves, contestó el herido; mis presentimientos no me engañaron, ya llegó el término de mis pesares.

Principió á desabrocharse él mismo la ropilla; pero sus brazos cayeron al suelo vencidos por el sopor de la noche eterna... Un estremecimiento general recorrió sus miembros... Sancho, al buscar en su seno el rizo de cabellos y la carta, no sintió los latidos de su corazón.

Fortun Hurtado había dejado de existir, como herido del rayo... Sus demás compañeros habían huido, excepto Ocampo, que palmo á palmo defendía el terreno heroicamente, aunque mal herido y cercado por todas partes.

Cuando Sancho halló al fin los objetos que confiaran á su lealtad, ayudó á escapar de la muerte sacando también una herida; y convencidos de que Hurtado ya no existía, desaparecieron presto por unas callejuelas angostas.

Los moriscos perdiéronlos de vista con dirección á la ciudad.

—Separáronse entonces en dos cuadrillas: la gente del Naks dirigióse á la plaza Larga, y Farax llegó á la de Bibal-Bolut, y paróse en la puerta del convento donde moraban los jesuitas.

El abencerraje se adelantó solo y llamó.

—¿Quién es? preguntó una voz desde adentro.

—Hermano, decid al maestro Alvarado, contestó Farax, que el santo tribunal de la Inquisición le espera en este momento.

—Esperad, y perdonadme si abriendo la puerta no os resguardais al menos del frío intenso y cruel de la noche en esta santa casa; pero nuestro reverendo rector el maestro Plaza, guarda todas las noches bajo de su almohada las llaves de la portería.

—Despachad presto, dijo el morisco suspendiendo la procaz locuacidad del hermano coadjutor.

—Luego soy con vos, contestó este.

Farax acercóse á uno de los monfis, hablóle al oído, y este le satisfizo con señales de inteligencia mutua.

Pasado un breve rato se oyó tras de la puerta del convento una voz harta conocida de nuestros lectores: era la de fray Francisco Alvarado.

—¿Qué queréis, hermano? preguntó.

El morisco que sustituyera á Farax, dijo, como este, que el santo oficio le esperaba para un asunto espinoso y delicado.

El fraile dijo como al acaso: *Té*.

Pero no obtuvo respuesta.

Luego añadió del mismo modo: *Loyola*.

Pero también permaneció mudo el fingido embajador del tribunal.

Estas palabras debían ser un santo y seña convenidos de antemano.

Los monfis movíanse impacientes.

—¿Que decís, reverendo padre? añadió el amigo de Farax.

—¿Por qué no ha venido el corregidor con su ronda? interrogó el jesuita irónicamente.

—Es sobrado fría y tempestuosa la noche para que le haya acudido un solo hombre que le acompañe. ¿No oís cómo zumba el huracán furioso en la plaza?

La tempestad redoblaba su furia, y en el alto minarete de una casa cercana la agorera zumaya cantaba tristemente, como un presagio de muerte.

—Albergaos en la guardia del Salvador y esperadme allí; dijo por fin el encerrado.

—No puedo detenerme un momento: os espera por instantes el ilustrísimo señor inquisidor mayor.

—Id con Dios, hermano, decidió el jesuita retirándose.

Por mas veces que llamó Aben-Farax no obtuvo ya otra respuesta que la del eco que repetía sus golpes perdiéndose en los anchos y sombríos claustros del monasterio.

Hicieron entonces violentos esfuerzos para abrir ó derribar la puerta; pero esta se hallaba ricamente atrancada, y sus chapas de hierro oponían un obstáculo insuperable á la cólera impotente de los monfis. Derribaron una cruz de madera que había en la puerta haciéndola mil pedazos.

Farax llamó por su nombre al maestro Alvarado.

—Yo soy Aben-Farax, le dijo, ¿no respondes, maldecido renegado? Abandonaste la sagrada ley de tus padres haciéndote Faquí de los cristianos. ¡Tu eres el azote de nuestro pueblo! ¿Qué has hecho de mi padre, de mi hermano? Yo te juro que espíras tu erimen; no te escaparás á mi venganza. Ya está alzado el Albaicín; la Alhambra dentro de pocos instantes será nuestra, entonces volveré: cuando tu maldecida casa esté devorada por el incendio, te acogerás á mí, hallando tan solo la aguda punta de mi envenenada gúmia. Grande es la ofensa, tarda la venganza: pero lenta, cruel para tí y capaz de satisfacerme.

Retiráronse hecho esto tañendo sus atabales y dulzainas tendidas al aire las banderas y pregonando sueldo del rey de Fez y emperador de los turcos que les ayudaban.

Asomóse á una azotea un anciano y preguntó á los reboltosos:

—¿Cuántos venís?

—Seis mil, contestó Farax.

El repuso cerrando la ventana:

—¿Y la gente de Orgiba, y la del valle de Lecrin, y los monfis? ¡No han sonado aun los disparos de la Alhambra! Buscáis acaso nuestra destrucción? Hermanos, id con Dios que sois pocos y venís sin tiempo (1).

Sancho Camargo y Ocampo llegaron presurosos á la casa del alguacil Bartolomé de Santa María, que era uno de los señalados por D. Pedro Deza para que le avisasen cualquier peligro que ocurriese en el Albaicín, y los tres juntos bajaron á la ciudad, gritando y convocando á los vecinos. Pero era tan grande la confianza que tenían los cristianos, que al despertar sobresaltados y distinguir desde las ventanas á aquellos tres hombres que huían con tamaños gritos, volvíanse á recoger y cerrábanlas creyendo estaban embriagados; otros mas cautos y medrosos salían á las calles, embargados aun por el sueño, desapercibidas las armas; sin dirección segura, sin conocimiento del peligro, sin concierto.

Llegados Sancho, Ocampo y Santa María á la Plaza Nueva, donde como ahora estaba en aquellos tiempos la audiencia y vivía su inolvidable presidente D. Pedro Deza, le dieron cuenta de los sucesos, que no pudieron entender, noticiándole solo un peligro vago, pero demasiado real.

El presidente, aunque poco ilustrado por las ideas incompletas de nuestros tres fugitivos, mando á Ocampo al corregidor. Bartolomé de Santa María, que unía toda la sutileza ratonil de su clase al valor de un soldado veterano, volvió al Albaicín, para indagar lo cierto de tan temerario é inesperado escándalo. Sancho Camargo recibió orden de marchar á la Alhambra y avisar al marqués de Mondéjar y á su hijo el conde de Tendilla.

Sancho subió la cuesta de Gomeles, llegó á la fortaleza, donde le detuvieron tanto tiempo sin introducirle, hasta que apareció el conde de Tendilla, que andaba rondando, y mandó que abriesen las puertas al conocer á nuestro amigo.

El conde acababa de oír desde los muros el ruido desusado de música morisca, y las voces y el sonar de los arcabuces.

En la Alhambra, que estaba al cuidado del de Mondéjar, conocíanse las militares costumbres heredadas de padres á hijos en esa familia de héroes y de sabios, al contrario de la ciudad, donde dominaban la cogulla y la curia.

El conde de Tendilla llevó á Camargo al palacio de Mondéjar, que ya conocen nuestros lectores, introduciéndole en la estancia del marqués, que hallábase recogido y abstraído el ánimo, tristemente meditando en el envidioso rencor del de los Velez y de D. Pedro Deza, y de otros sus enemigos poderosos que sembraban en derredor la insidiosa calumnia, malignamente comentando sus acciones mas indiferentes, é insidiosamente queriendo atacar su conducta prudente y cautelosa, sus hechos sin mancilla, todo por arrojarle de su puesto, donde oscureciéndoles haciales sombra su colosal reputación, su prudencia y valor, el paternal cariño que le profesaban los moriscos, debido á servicios propios y de sus padres, con quienes todo lo podía el influjo de su dulce palabra, y la presencia sola de sus canas y noble frente.

Sancho refirió al marqués los sucesos de la noche, que le escuchaba casi con incredulidad, y lo hubiera atribuido á miedo, si no conociera de antiguo el carácter valeroso del soldado; pero le repuso que todo debía ser obra de algunos pocos perdidos, ó de alguna banda de Monfis, que aquella vez habían entrado en la ciudad; pero en mayor número para alentar á los descontentos, ó cometer algun esceso.

Camargo añadió que eran moros con bonetes y tocas á su usanza, pregonando sueldo de Selim II y del Terif.

El conde de Tendilla certificó á su incrédulo padre que había oído desde el cubo bajo (2), el ruido de la música morisca, cosa olvidada en aquellos tiempos.

El marqués quedó pensativo largo rato; el conde esperaba sus órdenes en silencio; Camargo escuchaba á respetuosa distancia.

Los ojos del de Mondéjar tropezaron con el soldado; uno de sus hombros estaba inundado de estensas manchas de sangre.

—¿Qué es eso? interrogó el anciano con vivo interés.

—Casi nada; contestó Camargo mirando desdeñosamente su ropilla; no llevar cota de malla.

El conde de Tendilla descubrió tras la ropilla desgarrada de nuestro amigo una herida profunda, pero poco peligrosa en la apariencia.

—¿Creéis ahora, padre mío, que estamos amenazados de un gran peligro?

—Demasiado, demasiado! Haz que venga Tristan, y evite que el frío de la noche...

—Con vuestro perdón, señor marqués, este leve rasguño no merece que maese Tristan despierte de su sueño... Estamos cercados de peligros, y el peligro será mi mejor bálsamo. El querría al verme que me escondiera en el lecho. ¡Por Santiago! Ahora que va á sonar la arcabucería, ¿estaría Sancho Camargo sin ver el rostro al enemigo? ¡Diablo! acabó, olvidando que estaba delante de su general al meditar en la proposición de D. Inigo; maese Tristan entiende de curar las enfermedades de las doncellas, de vuestra noble hija Doña

(1) Mármol.

(2) Cubo de la fortaleza, llamado así, porque vista la ciudad de noche desde ese punto, las luces producen un efecto mágico en medio de la oscuridad.

María; pero nada se le alcanza de cuanto puede sufrir la vieja armadura de un veterano.

—Y ¿cómo ha sido eso? interrogáronle los dos á la vez.

—Como sabeis, Fortun Hurtado era uno de los mejores entre los valerosos soldados de Adra: cumplía su cuarto de centinela, el del alba, dijo conmoviéndose poco á poco; nosotros estábamos al amor de una lumbre derritiendo la nieve que nos inundaba... Oímos una descarga de balistas... Recibí en los brazos al pobre Hurtado, herido por una saeta untada de las yerbas que conocen esos perros!... Su muerte fué como si lo hubiese abrasado un rayo... desabrochéle para... En fin, dijo Camargo deteniéndose, cuando acabé tuve que despachar á algunos de los que cercaban á Ocampo, que por dar me tiempo los entretenía.

Cuando concluyó de hablar nuestro amigo hubo un rato de silencio.

—Conde de Tendilla, ¿qué os parece que debemos hacer ahora? interrogó al fin el marqués, para sondear el ya conocido valor de su hijo, en ocasión que tantas dudas ofrecía por su oscuridad.

—Con vuestro perdón, contestó, yo saldria sin detenerme un momento con nuestra gente, que bien sabeis es esforzada, valerosa, y escarmentada á esa canalla.

Nuestro amigo aplaudía con sus miradas elocuentes. En aquel momento hubiera probado él la mayor de las dichas, estrechando la mano del joven y temerario conde.

—¿Con cuántos soldados contamos para guardar la fortaleza y acometer al enemigo, cuyo número y calidad desconocemos, y que puede ser infinito? inquirió tristemente el anciano.

—Todos somos como hasta ciento cincuenta, dijo el manco, bajando la cabeza, pero...

—Me dirás, interrumpió el marqués, que cada uno de ellos es un héroe!... Mis mejillas están arrugadas!... calva mi cabeza!... Oh! y todavía, añadió con animación creciente, siento hervir dentro de las venas la noble sangre de mis mayores! Con orgullo confiado marcharía yo al lado de esa reducida tropa tras el estandarte castellano sin contar al enemigo.

Y si por un rey de la fortuna fuésemos derrotados... ¿Dirían la calumnia y la envidia que nos siguen y nos espian que había sido con honor? ¿Compararían para juzgarnos el número de los vencidos y el de los vencedores? ¿Qué sería de nosotros si dejásemos desamparada la Alhambra, y durante nuestra insensata ausencia fuese señoreada por los rebeldes, que de una manera tan loca en estos momentos amenazan el reino?...

El conde de Tendilla, bajo el pretexto de si desde la torre del palacio oía el rumor de los revoltosos, pero en realidad, para ocultar su emoción, desapareció.

Volvió á poco, manifestando que nada se distinguía en el Albaicín, ni se escuchaba el mas leve ruido; todo estaba al parecer quieto y sosegado.

El marqués no quiso que se tocara á rebato, porque el pueblo enfurecido, aprovechando esa ocasión, no subiese al Albaicín y saquease las casas de los moriscos, cosa demasiado codiciada.

Preparóse el prudente anciano para bajar con su hijo á Granada, dejó en guarda de la Alhambra al noble D. Alonso de Cárdenas, y después salieron todos del palacio.

Alumbra ya la luz incierta del alba á la ciudad, que apenas se distinguía, cubierta de una inmensa capa de blanca nieve.

Sancho distinguió en el ala izquierda de palacio, que correspondía á las habitaciones de Doña Elvira, una luz solitaria y vacilante. Nuestro amigo recordó el triste encargo que le hiciera el desgraciado Fortun Hurtado antes de morir, y pensó con extrañeza, asombrándose de sus propias ideas, si esa triste luz alumbraría tal vez un pesar inmenso y desconocido, velado por las lágrimas, sin consuelos, ignoradas como una región apartada que esconde la bruma de los mares.

CAPITULO X.

La misión de Camargo.

—Diablo! Pero eso es imposible: ¿Cómo pudiste salir á la plaza, donde yo te esperaba, sin que te viesen mis ojos?

—Pues nada hay mas cierto que eso, amigo mío, le contestó Astasio. En aquella casa me sucedieron cosas bien extrañas. Cuando estaba mas sumergido en mis reflexiones, salieron una porción de hombres enmascarados, sin duda con el objeto de asesinar me.

—Buena la armarias! ¡Por Santiago, dijo Camargo olvidando sus dudas, no sabian los malaventurados moriscos de que materia son los nervios que se ocultan tras la fina piel de tus manos de doncella.

—Salvé mi vida milagrosamente; porque en verdad eran muchos y apenas podía defenderme.

Cuando logré salir á la calle me dejaron al fin, aunque mal herido y desangrándome. No sé cómo pude llegar hasta aquí.

¡Y yo en tanto en medio de la calle con la sangre yerta! El frío me penetraba el corazón. Pero allí me aconteció un extraño suceso. Hacia ya como una hora que te aguardaba, cuando sentí que desde una ventana próxima echaban una esca la, según vi después, formada con ropas desgarradas. Alguno se halla en peligro, dije para mí; la afirmé y te esperaba (por que creía haber oído tu voz). Con efecto, alguien bajaba; fui á abrazarte no dudando que fueses tú; pero adivina cuál sería mi sorpresa, cuando me encontré frente á frente nada menos que con el bueno del maestro Alvarado, azorado y trémulo hasta la médula de los huesos; que me rogó le condujese á su cercano convento, diciéndome en cuanto lo permitia su trabada lengua, lo iban á asesinar. Hicelo así, y volví presto á aguardarte.

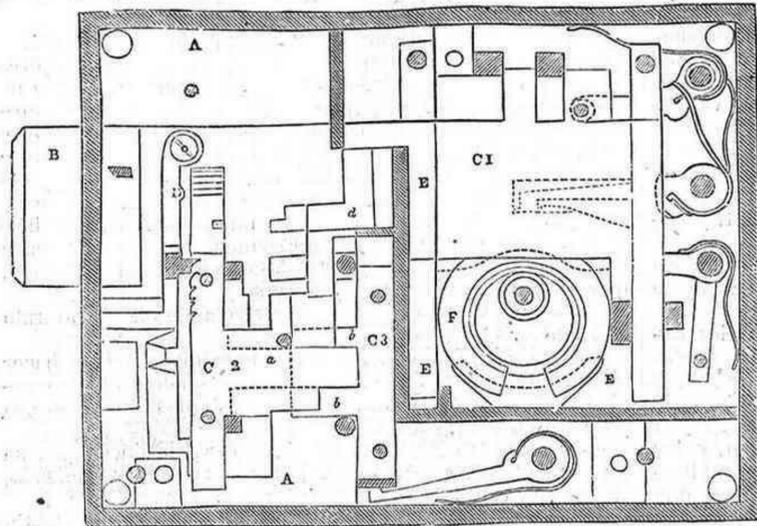
Cerca ya del alba, me entró en el pecho un temor supersticioso; recordé aquella voz que había creído oír, cuando el descenso de Alvarado. ¡Diablo! pensé, si le habrán asesinado!

No vacilé ya; abandoné mi sitio, donde hacia el vistoso papel del perro que con la cabeza sobre las manos duerme en la puerta de la madriguera, y me dirigí á la casa del nigromante.

La puerta, cerrada, cedió al fin á mis reiterados esfuerzos.

Por supuesto, yendo mi espada antes que yo, entré.

Estaba aquello tan desierto y tan silencioso, que me figuré estar recorriendo una sepultura vacía! Y en verdad, aquella



Cerradura de seguridad. (Fig. 1.^a)

maldecida casa no parecia otra cosa: tantos huesos y objetos siniestros habia en todas sus estancias.

Al penetrar en una habitacion alumbrada de una manera que la asemejaba a una capilla de un templo, habia recorrido toda la casa y tú no estabas allí.

En toda mi vida aventurera no he sentido el miedo una sola vez, bien lo sabes, Astasio; pero al no encontrarte, al hallarlo todo solo y silencioso y triste, mi corazon latia de una manera desusada...

—Sin duda habia yo desaparecido cuando fuiste á acompañar al jesuita.

—Eso era lo que yo ignoraba, y esto lo que jamás debí hacer. Si me hubiese hallado allí, no habrias tú derramado tanta sangre, y no estarias hoy en ese lecho que acabará por consumirte. ¿Pero qué diablo habia de contestar á aquel hombre, que trémulo y azorado solo exigia de mí le acompañase unos pocos pasos? Como te contaba pues, dijo Sancho con tinuando, al llegar á aque-

lla estancia misteriosa, la hallé tambien vacia. Por casualidad tendí la vista al suelo, y mis ojos tropezaron con un reguero de sangre fresca aun... Ya no me quedaba duda, ¡tú habias sido vil y cobardemente asesinado!

Seguia el rastro para vengarte, cuando sentí que me tocaban ligeramente en los hombros. Alcé la cabeza y... ¿qué crearas que hallé frente á mí? Un anciano de rara aunque de venerable catadura que me miraba con interesados ojos. Verle, decir este ha sido el asesino del pobre Astasio, alzarme y cogérle por el cuello, fué obra de un segundo.

—Dónde está mi amigo, le dije.

—Libre, me contestó, sin parecer alterarse por mis ademanes.

—Llévame hasta él, añadió.

—Libre, repitió el sereno anciano como única contestacion.

—¡Mientes, miserable! salté yo enseñándole con el dedo los rastros de sangre, y poniéndole un puñal al pecho, para convencerle de la inutilidad de sus palabras, que no podian engañarme.

—Sancho Camargo, me dijo el endiablado viejo con un tono de voz que jamás olvidaré, ¿es ese tu celebrado valor, que vas á romper con tu mano la seca arista que se lleva ya en sus alas el viento de los años?

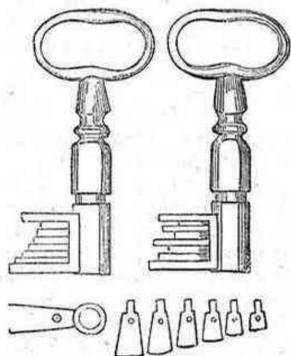
De pronto el suelo cedió ante mis plantas: mi cuerpo habria caído en un abismo que distinguí abierto bajo de mí, sino me hubiese sostenido la nervuda mano del desconocido, que en verdad no carecia de vigor.

Con su ayuda salí de aquella posicion estraña.

Entonces me dijo con triste acento el misterioso nigromante, porque sin duda era él:

—Amigo de Astasio! El está en su morada! Vengate del anciano que jamás te ofendió, y en tanto Bracamonte reclama tu ayuda.

Conocí que aquel hombre, que tuvo mi existencia en su poder, habia de decir verdad. Recomendóme el secreto, volé á tu encuentro y te



Llaves de la cerradura de seguridad.

hallé aletargado, recostado en el lecho, y asaz mal herido.

—Y desde entonces pasaron quince dias? exclamó Astasio interrogando.

—Sí, quince dias, contestó Sancho: bien amargos en verdad para cuantos te aman! En los primeros, un letargo profundo habia suspendido tu existencia: maese Tristan desesperaba de ella. ¡Oh! ¡cuánto sufrimos todos!

Una noche rodeábamos tu lecho... Aquí tambien estaba nuestra señora la marquesa, que tanto te ama, acompañada de la bella Doña María. Maese Tristan habló bien claro. Contados estaban los dias de tu vida, que dejarias sin dirigir una mirada á tanto corazon como llenaba tu pérdida de desolacion y de luto. Doña Elvira lloraba amargamente, y Doña María dejaba caer de sus hermosos ojos un torrente de lágrimas inconsoles... (Continuará.)

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

MÁQUINA PARA TRITURAR.

Esta invencion se debe á M. Mackenzie, que se ha propuesto conseguir el medio mas pronto y mas económico posible de hacer unguentos, pastas, tinta de imprenta, y en general todos los artículos que exigen agitacion continua en un mortero.

La importancia de esta máquina es incontestable, y su adquisicion interesa sobremanera á los artistas.

PABELLON DE HIERRO HUECO.

Esta obra, graciosa en estremo, se colocó en la Exposicion Universal como una muestra de lo que puede ejecutarse en hierro hueco. Es sumamente notable la finura de los adornos. En cuanto al asunto, representa un cazador de águilas. Todos los detalles del pabellon son de muy buen gusto, y producen un efecto sorprendente. Sus proporciones gigantescas obligaron á los comisarios de la Exposicion á colocarlo en la gran galería del Oeste.

Este trabajo pasa hoy por uno de los mejores de la metalurgia inglesa.

MÁQUINA DE VAPOR.

Los ingleses han variado hasta lo infinito las formas de sus máquinas de vapor. Aunque las primeras materias que entran en su construccion, y el combustible que produce el vapor son mas baratos en Inglaterra que en todas las demás partes del globo, estos infatigables ingenieros andan siempre á caza de las máquinas mas sencillas y menos costosas.

La prueba de esto se ve en el grabado que ofrecemos. En vano se buscarán en ella el paralelógramo, el balancin y otras mil piezas, que en otro tiempo complicaban las máquinas de vapor.

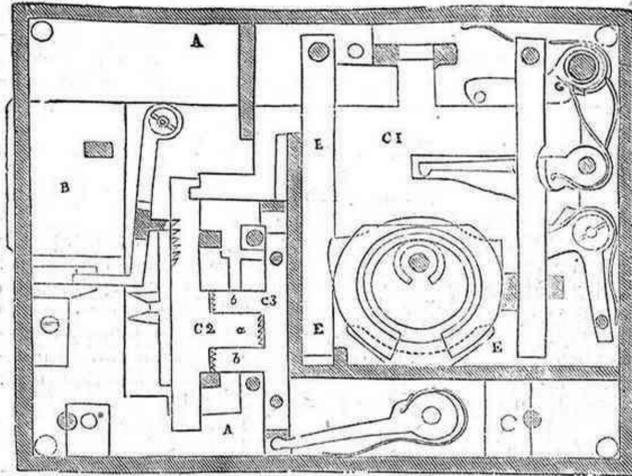
MÁQUINA DE DISCO PARA UN BUQUE DE HÉLICE.

Las máquinas de disco se emplean hace muchos años en las fábricas y molinos, y pronto se aplicarán á la marina de vapor en los buques de hélice. Esta máquina opera con una fuerza constante, y en direccion que forma tangente con la rueda durante la revolucion de esta, y sin movimiento alguno del cilindro. Aunque tiene la mitad del volumen y de peso que las máquinas que hoy llevan las embarcaciones de hélice, ejecuta en un tiempo dado y con la misma viveza un número de revoluciones tres veces mayor.

La primera figura representa una seccion de la máquina de disco, y la segunda indica cuál es su posicion en un buque.

Las principales innovaciones de M. Bishopp, son las siguientes:

- 1.^a Un método nuevo de encajar el disco alrededor de su periferia.
2.^a Construccion de la esfera central en dos piezas independientes del disco, la cual es mas favorable para asegurar una buena fundicion, y para facilitar el ajuste de la máquina.



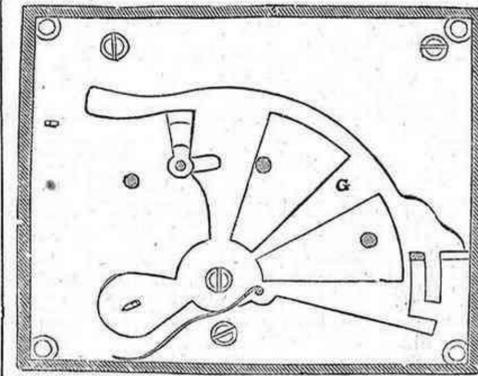
Cerradura de seguridad. (Fig. 2.^a)

3.^a Los dientes de los conos son inútiles, y quedan reemplazados por planchas metálicas, cuya capa las une perfectamente en la parte exterior.

4.^a La aplicacion de una guia exterior en forma de arco (figura 2.^a) para sostener interiormente los lados del disco en contacto con los de la separacion respectiva.

CERRADURA DE PERMUTACIONES INVISIBLES, Ó CERRADURAS DE SEGURIDAD, POR MM. DAY Y NEWELL, DE NUEVA YORK.

La fig. 1.^a representa la cerradura cerrada: la 2.^a la representa abierta sin la chapa; la 3.^a es la cerradura, con la chapa que la cubre, y el fiador secreto.



Cerradura de seguridad. (Fig. 3.^a)

AA en la figura 1.^a es la caja de la cerradura; B, el cerrojo; CC, los tornillos de empuje; en la parte C de la figura 2.^a existe una coleccion de muescas, que corresponden á los tornillos, y son tan grandes como las guardas de la llave. Cuando esta se vuelve en la cer-

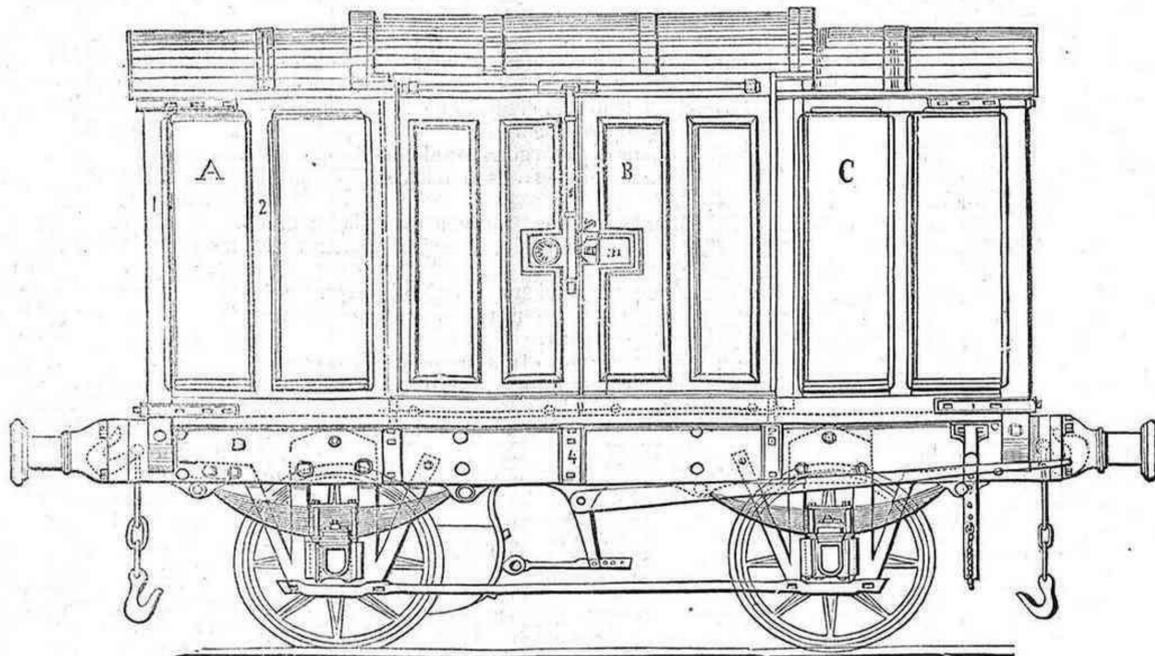
radura para cerrarla, cada tornillo hace mover la muesca respectiva, y cuando se corre el cerrojo arrastra consigo parte de la chapa superior C, de la figura 2.^a. La lengüeta a se retira de las abrazaderas CC, haciendo que las partes, C figura 1.^a y C figura 3.^a, ocupen su primitiva posicion: al mismo tiempo la parte C, figura 2.^a, se conserva en la que le ha dado la llave, por medio del fiador.

Si se intentase descorrer el cerrojo con un instrumento diferente de la verdadera llave, la lengüeta a tropezaria con las abrazaderas b; si se quisiese averiguar á la fuerza en qué consiste el obstáculo, la parte, C fig. 3.^a, como que está apoyada en EEE, se opondrá á que se examine el agujero de la cerradura, cuando las muescas C, fig. 1.^a, se separan en el punto d, lo cual hace imposible el conocimiento de la posicion de las piezas.

F es un anillo giratorio que impide la inspeccion del interior; si se le vuelve para descubrir la abertura, el fiador secreto G la cubre desde luego por la parte exterior.

La particularidad notable de esta cerradura consiste en que se modifica por sí misma segun las variaciones que quieran hacerse en las guardas de la llave. Su propietario puede hacer en ella sin temor todos los arreglos que indica la ley de las permutaciones.

WAGON CUBIERTO.



Wagon cubierto.

La parte superior de este wagon se compone enteramente de planchas de hierro sin montantes intermedios. Se abre y se cierra con la mayor facilidad, de modo que hay que cargarlo y descargarlo del mismo modo que un wagon descubierto, y poner al abrigo del fuego y del agua, como en los cerrados, las mercancías que contiene. Las compañías de caminos de hierro de la Gran Bretaña y del continente, sabrán sin duda apreciar estas ventajas: tambien los dueños de mercancías encontrarán en él mayores seguridades que en otros carruajes de la misma clase.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGELO FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.